

MARCELO SEGALL R.

Las luchas de clases en las primeras décadas de la República

1810-1846

ANTECEDENTES

El combate social posee en Chile un alcance tan lejano como la historia nacional misma. Aún la poesía épica de la Conquista, *La Araucana* y *El Arauco Domado*, son testimonios tanto de la codicia del conquistador como de la resistencia de los conquistados. Un poeta, Ercilla, nos presenta al Adelantado ávido de oro. Otro poeta, Oña, en malos versos, escribe:

“No solamente echaban a las minas
los diputados ya para este oficio
sino también el personal servicio
hambrientos por las vetas de oro fino...”

Cuando todavía no se podía hablar del país, como de una nación constituida y orgánica, ya hubo combate social. La existencia de propietarios del oro, la formación y el Repartimiento de Mercedes de Tierra crearon clases sociales, provocando guerras libertarias. Luego, toda lucha entre los habitantes de Chile —los recién llegados y los aborígenes— fue una lucha de clases. Ya en 1549, un personaje novelesco, el español Sebastián Vásquez, fue acusado de provocar la rebelión indígena en los lavaderos de oro de Marga Marga. En el mismo siglo, rigió una Ordenanza que mandaba castigar a los alzados con “doscientos azotes por las calles públicas, e se desgarre de un pie, e al varón se le corten los miembros genitales e a la

mujer las tetas” (1). En los mismos años, un Oidor de la Real Audiencia de Lima, el licenciado Hernando de Santillán, con dos fines —evitar nuevas insurrecciones y controlar la percepción de los Derechos de la Corona— decretó ciertas medidas protectoras de los aborígenes empleados en la minería.

En las centurias siguientes, la resistencia clasista adquirió formas nuevas, en estricta relación al desarrollo de la Colonia. En el siglo XVIII, fueron desapareciendo las encomiendas hasta ser suprimidas legalmente. Esta evolución institucional, creó el régimen de salariado específico, ya anticipado en las factorías de los jesuitas. Desde luego, no faltaron las rebeliones enmarcadas en el nuevo estilo de relaciones de clase social. Por ejemplo, en 1723 la falta o el mal pago de las labores extractivas dio curso a una violenta insurrección de los mineros de Copiapó, de Huasco y de Coquimbo. Su represión, desbordó los cementerios.

Medio siglo más adelante, el crecimiento productivo y la consiguiente evolución social originó otro método en los trabajadores mineros para obtener mayores emolumentos. Abandonaban una faena por otra, tentados por mejores salarios. Los propietarios, en consecuencia, buscaron un procedimiento legal que impidiera el abandono re-

(1) Ordenanza Calderón. Ver: Barros Arana, *Historia General de Chile*, tomo III, página 129; Imprenta Jover, Santiago, 1884.

pentino de sus trabajos. El Gobernador Agustín de Jáuregui decretó el 11 de noviembre de 1786 una providencia que haría escuela y sentaría precedente durante gran parte del siglo siguiente. "...Prohíbe a los Hazendados y Mineros admitir para sus trabajos y faenas, sin que traigan Papel del anterior Minero ó Hazendado a quien sirvieron en que conste tener cumplida la contrata... Que llegue a noticia de todos poniendo por diligencia pena de cincuenta pesos aplicados en forma ordinaria..." (2). Con el tiempo, en la República, ese sistema coercitivo sería más duro. La prohibición de abandonar un trabajo sin la previa autorización escrita del patrón, refrendada ante un ministro de fe o autoridad judicial, tendría como castigo a su contravención también pena para el trabajador (3).

Sin embargo, los antecedentes coloniales no deben desviarnos de lo esencial: la lucha de clases no se limita a los problemas legales o ilegales anteriores a la Independencia o posteriores al siglo XIX. También la hubo en plena Guerra Patria.

Las divergencias políticas y sociales del siglo XIX, en particular las de la época comprendida entre 1810 y 1846, parecen ser conocidas; divulgadas sus características esenciales; diseñados sus personajes relevantes. Estudios detenidos se han encargado de exponer los aspectos importantes y los documentos secundarios. Desde unos y otros ángulos, plumas famosas y otras conocidas por los eruditos, han vertido opiniones que han hecho autoridad. Barros Arana y Encina hacen figurar al "roto" a partir de la Reconquista, como patriotas anónimos y desinteresados. Sergio Villalobos, hace poco tiempo en *Anales* N.º 120, señaló los aspectos "caritativos" sobre *El Bajo Pueblo en el Pensamiento de los Precursores de 1810*. Sin

embargo, las autoridades y los jóvenes, sólo han examinado en el fondo las contradicciones y rivalidades internas de una sola categoría social: la propietaria. Han presentado las diversas opiniones y tendencias políticas en la Independencia desde la perspectiva exclusivista de los terratenientes y demás propietarios. Sólo han visto las corrientes políticas en lucha entre la clase dominante.

Es decir: la oposición de intereses y caracteres entre los diferentes sectores de la categoría o clase social propietaria: la burguesía mercantil, la minera-fundidora y los terratenientes. Esta división en sectores, no significa que en muchos casos un propietario no fuera a la vez mercader, terrateniente y minero. Sin embargo, lo esencial es que cada sector de la clase dominante tuvo una sola de esas actividades. Y fue de acuerdo a ella, como tradujo en política su actitud militante, partidista. Los grupos políticos, las conspiraciones, los motines y aún las guerras civiles de 1859 y 1891 fueron la proyección de esas diferencias de estratos dentro de una misma clase social. Empero, coexistente y ligada a las contradicciones entre los componentes de la capa social dominante, hubo una trayectoria específica de la lucha entre los propietarios y los trabajadores. Cuando expreso "ligada a las contradicciones entre los componentes de la clase social dominante" me refiero a que toda crisis social-política hace intervenir al resto de la población en la vida pública. Esto sucedió, por ejemplo, en el período de la Independencia. Uno y otro bando, unos y otros subbandos, requerían combatientes, para distintos fines... Para lo cual, más que permitieron, incitaron, a los trabajadores a intervenir en los hechos de armas. Mejor dicho aún: se les dio armamento e ideología. La participación popular en la Guerra Patria, en la acción violenta de la hora, tuvo dos fases principales. Una, como partícipe en el proceso histórico total. Y la otra, como colocados en la acción a favor de cualquiera de los bandos en combate; pero, como de-

(2) Archivo Nacional, Archivo Judicial de Quillota, Legajo de Providencias remitidas al Partido de Quillota.

(3) *Reglamento Económico y de Policía*, para los minerales de Chañarillo, Algarrobito, Bandurrias y Pajonales, Intendencia de Coquimbo, La Serena, abril 20 de 1841. *Boletín Municipal del Departamento de Copiapó*, Santiago, Imprenta de la República de J. Núñez, 1871, páginas 146 a 154.

fendiendo los trabajadores sus intereses particulares, inmediatos, como guerra social. Hasta hoy, el problema no ha sido bien dilucidado. Los historiadores máximos —Barros Arana, Encina— y el novelista máximo Blest Gana hacen figurar al “roto” a partir de las depravaciones de los Talaveras, como nacionalistas activos. En parte es verdad, desde el ángulo patriota. Pero desde un punto de vista amplio, sin prejuicios, científico, el panorama es diferente. La investigación objetiva en los archivos y periódicos nos entrega a las clases inferiores de Chile actuando en ambos lados, el patriota y el realista, en favor de sus intereses directos, inmediatos o lejanos, como lucha de clases. Los elementos populares comienzan a intervenir no en la Reconquista, sino en los primeros momentos del ciclo emancipador. No siempre favoreciendo la causa republicana; pero, eso sí, respondiendo siempre a la guerra social. “La Masa”, en general y el proletariado minero en particular correspondían al bajo nivel de evolución social y política propia del medio latinoamericano. Por lo tanto, no podían responder en esa hora en general a una actitud progresista absoluta, de conciencia patriótica. La masa popular no era un proletariado moderno, consciente, colocado en su papel actual de renovador de la sociedad en su conjunto. La burguesía criolla, por el contrario, al tratar de emanciparse, emancipaba al país. Al colocarse libremente en el mercado mundial representaba el porvenir de la sociedad. En cambio, los límites mentales y sociales de gran parte de los trabajadores y aborígenes —analfabetos y primitivos— no tenían otro horizonte que aprovechar cualquier coyuntura para obtener el máximo provecho. El antagonismo social —eran objetivamente semiesclavos— les hacía ver en sus amos, el enemigo real, inmediato. Y en los rivales de estos últimos, los verdaderos amigos. Actitud humana a la cual, sólo los trabajadores de más alto nivel —los artesanos— lograron escapar. En concepción, los gremios artesanales participaron desde un comienzo en las luchas de la Eman-

cipación Nacional, con sus jefes a la cabeza.

El proceso histórico de la lucha social es complejo, particularmente en el período anterior al capitalismo industrial. Aún en el lapso de la Revolución Industrial, los estratos más desfavorecidos de la población tuvieron una actitud negativa ante el progreso. Los innovadores, los industrialistas, eran sus explotadores directos. Los ínfimos salarios, las jornadas sin límites, los sistemas compulsivos de sus patrones, los colocaban al otro lado de la barrera política. En Chile, la actitud antipatronal ciega de los trabajadores mineros se tradujo muchas veces en un activo españolismo. Hay un episodio típico: la insurrección de los peones de Illapel. Dirigidos por un individuo llamado Carvajal, se levantaron la totalidad de los “changos” de las minas, fundiciones y chacras de Miguel Antonio Irrarázabal, propietario de la región y conocido patriota. Utilizaron todos los medios de la época: el asalto, el saqueo y el incendio. Las angustias y los castigos soportados por vida encontraron en ese momento una compensación. El “gallo rojo” de las masas europeas, la “Santa Veheme” de los campesinos alemanes, apareció en Chile.

No olvidemos que los peones e inquilinos apenas eran algo más libres que un esclavo, con una diferencia: los esclavos de la época eran alimentados con abundancia, pues costaban buenos patacones. Los libertadores del Nuevo Mundo, en casi toda América del Sur, se enfrentaron en algunos sitios no con tropas españolas, sino con los guerrilleros agrarios, que bajo un pabellón reaccionario, el colonial, tenían un espíritu revolucionario. El historiador mexicano Pereyra, dice: “Los defensores de la Corona, ya no eran jefes regulares, sino caudillos que se alzaban con los elementos más bajos, desde los negros esclavos de las fincas rústicas, los zambos y mulatos de las ciudades y los llanos, para aniquilar la grey mantuana de los criollos aristócratas, que representaban la causa independiente” (4). Pereyra se refiere en particular a

(4) Citado por Jorge Abelardo Ramos, *América Latina: un país*, Ed. Octubre, Buenos Aires, 1949, pág. 58.

los llaneros de Venezuela, pero el mismo cuadro lo podemos aplicar a las luchas agrarias aborígenes llamadas en Chile, La Guerra a Muerte (5). En las selvas del Sur, los realistas agruparon a los indígenas e inquilinos más audaces en montoneras; que duraron años después de la batalla de Maipú. Incluso el saqueo de la hacienda de O'Higgins fue parte del odio social desatado. En resumen: los habitantes del país se colocaron en ambos bandos. En la capital, sólo la indiscriminada actitud del regimiento Talavera, colocó a los "No Cámara" junto a sus patrones insurgentes (6). El frente común patriótico —pueblo y propietarios— fue en gran parte obra de los atropellos de la soldadesca furiosa por la acción de los guerrilleros dirigidos por Manuel Rodríguez. En Concepción, los artesanos de los obrajes textiles fueron patriotas y revolucionarios desde 1809 por razones diferentes. Algunos seráficos franciscanos propagaron ideas igualitarias. La Orden Mendicante era dentro del clero, por tradición, el ala humilde y antiaristócrata. En general, la Iglesia era realista y conservadora; pero, como conjunto humano representaba también los diversos estratos de la sociedad chilena y en su parte franciscana, la masa popular. Dos olvidados igualitarios, fray Antonio de Orihuela y fray Beltrán estigmatizaban la riqueza. Uno, Orihuela, en su prédica tomó ideas de Duns Scoto, Roger Bacon y Guillermo de Occam— igualitarios ingleses pertenecientes a la corriente más cercana al materialismo de la Escolástica y padres de la Orden Franciscana en Gran Bretaña. Parece, además, haber conocido los manifiestos del revolucionario peruano, ex jesuita, maestro de Francisco de Miranda y aliado de Tupac Amaru, Vizcardo y Guzmán. También leyó a Rousseau, Buonarrotti y Marat. Para él, la Emancipación debía ser integral, tanto de España como de la aristocra-

cia criolla. Fogoso diputado carrerino, increpó duramente a los adinerados. En su *Proclama contra los Tiranos* pidió "borrar si es posible del número de los vivientes" a los "nobles, empleados y títulos que se sostienen con vuestro sudor y se alimentan con vuestra sangre" (7). Otro audaz carrerino fue su compañero fray Beltrán, el armero de los ejércitos libertadores de Chile y del Perú. Si la lucha social tuvo en Concepción y en Illapel una forma violenta no es una casualidad. Concepción era el centro textil de Chile. Illapel, un centro minero y fundidor. Y si los artesanos penquistas estuvieron con la República era que sus patrones fueron realistas. En cambio, al contrario, los mineros de Illapel tenían como amo a un patriota.

Otro factor importante en la lucha social de la época residía en los araucanos. El papel de los aborígenes es complicado en la Revolución Burguesa de la Independencia. No constituye parte de la guerra social entendida como la pugna entre clases opuestas; en cambio, es una fase sangrienta del proceso de la transformación de la tierra de uso común en propiedad territorial y de la transformación de sus primitivos habitantes en trabajadores de los nuevos propietarios. La intervención de los araucanos en las jornadas militares es un fragmento de su antigua lucha secular para impedir tanto la apropiación privada de sus tierras como para conservar su calidad de hombres libres y no inquilinos de los apropiadores. Diversas causas, los mantuvieron divididos —unos, fueron aliados de los patriotas y otros, de los realistas— pero en su mayoría se colocaron en el bando español. En realidad, desde la época de la Independencia hasta la llamada Pacificación de la Araucanía en 1880, las diversas tribus se apoyaron en el lado que les diera en particular mayores garantías, participando en todos los acontecimientos militares tanto en las guerras con países exteriores como en las luchas civiles. Algunas tribus, en especial las costinas, se colocaron en el lado pa-

(5) Ver Vicuña Mackenna, *La Guerra a Muerte*, Universidad de Chile, Santiago, 1940.

(6) "No Cámara", personaje de la novela *Durante la Reconquista* que representa al "roto" patriota. Blest Gana, en estilo balzaciano, presenta en su obra, los tipos sociales de la revolución burguesa de la Independencia.

(7) *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile*, tomo I.

triotas. Otras, en particular las andinas, colaboraron con los españoles. Todo eso, de acuerdo a las divergencias internas entre las tribus. Los costinos —o abajinos— y los andinos —o arribanos— en estricto acuerdo con la zona en que vivían y en relación directa con su forma de subsistencia —pescadores, cultivadores, cazadores o ganaderos— tenían antiguos agravios entre sí. Sus divergencias, desde luego, los colocaba en los diversos bandos en lucha, en uno u otro lado, de inmediato que sonase el clarín militar. En mi estudio sobre la *Apropiación y Concentración de la Propiedad Territorial y Expropiación de los habitantes antiguos* examino social e históricamente el problema aborigen, en sus múltiples facetas (8). Por ahora, sólo corresponde señalar que el problema araucano está conectado a la lucha social de la tierra. Los aborígenes no fueron ni patriotas ni realistas, sino defensores dentro de las luchas generales de sus propias y particulares posiciones. Sus participaciones activas o pasivas, voluntarias o involuntarias, en la Guerra Patria responden a una realidad histórica. Sus intereses estaban comprometidos y debían defenderlos.

En resumen general: la burguesía criolla, en sus diversos estratos, por gran mayoría, sentían como su propio interés alcanzar la Liberación. Era su Revolución. Sin considerar los elementos subjetivos —la ideología revolucionaria, la Logia Lautarina— la clase propietaria criolla estaba oprimida, limitada en su desarrollo por el régimen español. Los mineros y fundidores, como Rojas, Salas, Infante, los Carrera (enriquecidos en el Tamaya) y los Irrarázabal; los comerciantes y agricultores, como los Larraín, los Urrutia Mendiburu y su yerno el doctor Rozas, Bernardo O'Higgins y tantos otros tenían razón sociológica para combatir (9). En cambio, la mayoría de los trabajadores —peones,

apires e inquilinos— y los aborígenes andinos vieron en España no a su enemigo, sino a los vengadores de sus miserables destinos. Esta perspectiva social y psicológica, objetiva y subjetiva fue, desde luego, aprovechada por agentes de la península. El ejército español contó con tropas criollas.

EL USO DE LA FUERZA POPULAR EN POLÍTICA

GENERALIDADES

Consolidada la República, triunfante la burguesía criolla, la guerra de clases siguió la nueva ruta del país. Superada la contradicción esencial antigua —Colonia y Patria— prevaleció siempre la otra permanente: patrón versus trabajador; pero oculta tras las más visibles diferencias políticas de la hora, es decir, entre los propietarios mismos. El factor España, que a veces dio curso a un frente común en toda la burguesía criolla, fue reemplazado por la oposición de intereses entre los agricultores y los mineros, actuando además el capitalismo puramente mercantil y usurario. El quid de la nueva contradicción era el dominio del poder del Estado. En la misma medida en que crecía la producción minera, las cargas —los impuestos— o las ventajas —las obras públicas— que acompañan y dan importancia al papel del Estado, dividieron a la clase social dominante. El Estado no es una abstracción jurídica, al margen de la realidad social-económica. La Igualdad ante la ley es un principio republicano; pero el papel del Estado como instrumento de administración pública es regido por la capa social que lo detenta. En general, los administradores del Poder Público son los representantes políticos de una clase social; sin embargo, en particular de una fracción de ella. En el mejor de los casos, de la más diestra y organizada. En Chile, donde la burguesía estaba dividida en tres grupos fundamentales, —sin considerar o haciendo abstracción de las variantes y matices— aquella fracción que controlase el Es-

(8) *Desarrollo del capitalismo en Chile*, II edición, revisada y aumentada, en preparación.

(9) La extracción social-económica de los diversos grupos patriotas será objeto de un trabajo específico. Es importante anotar que el extremismo o la moderación en las diversas tendencias nacionalistas están casi directamente ligados a las raíces productivas familiares.

tado, imponía su posición en la política aduanera, en los impuestos internos y en los gastos fiscales. Con la natural protesta y oposición de los sectores restantes.

El dominio del Poder del Estado significaba no sólo asumir el mando presidencial y el ministerio; sino, algo mucho más importante: utilizar los fondos fiscales, invertirlos en favor del sector social representado en el Gobierno; conducir en determinada dirección las medidas aduaneras, establecer tratados comerciales y guiar la política internacional por principios económicos determinados. Son estos puntos, los que en instancia final originaron la honda división y rivalidad entre las corrientes políticas mayores.

Las tendencias partidarias fundamentales en el fondo eran la expresión militante de los diversos sectores de la clase social propietaria, que había conquistado el Poder con la Independencia. Unas eran la proyección de los sectores agrícolas. Otras, la de los mineros-fundidores. Unas terceras, del comercio y los prestamistas (banqueros, habilitadores, etc.), en particular los de Valparaíso. Desde otro ángulo, pero derivado de la misma clasificación en sectores económicos se puede dividir a los partidos entre librecambistas y proteccionistas, es decir, entre los interesados en el comercio libre, sin barreras aduaneras, y los industrialistas. La historia conocida de los partidos políticos del siglo XIX —pipiolos, autoritarios, conservadores, liberales, nacionales y radicales— tiene su clave en las diferencias de intereses y es esto último lo que hace de fácil comprensión la dura pugna por el Poder. En efecto, ¿qué otro papel tiene un partido que no sea conseguir el Gobierno?

Si es ignorado el fondo económico-social de la historia conocida, el papel social y político de la masa popular no ha sido descrito. Apenas hay algunos trabajos al respecto; pero, todos limitados a la Sociedad de la Igualdad, al Partido Demócrata, a los respectivos líderes y fundadores, y a una enumeración de pequeñas huelgas. Hasta ahora, no hay una visión de conjunto que entregue el papel como clase de los trabajadores, en la política

activa. Como tampoco hay un examen de su actuación decisiva en la correlación de fuerzas militantes.

Cada una de las fracciones políticas mayoritarias buscó aliados, tanto para desmoronar al gobierno existente si estaba en la oposición como para estabilizarse si lo poseía. La alianza entre el comercio y los terratenientes en el caso portaleano ha sido objeto de estudios detenidos. Lo mismo sucede con las coaliciones liberales. Pero, hubo un aliado que ha sido olvidado u omitido por los estudiosos: la masa popular. Todas las corrientes políticas, tradicionalistas o innovadoras, usaron la prensa, la demagogia y el halago para atraerse al "pueblo". Todos los actos electorales, los motines y las insurrecciones de la centuria pasada tuvieron como infantería a los trabajadores.

Después de la batalla de Chacabuco volvieron a surgir las diferencias entre los o'higinistas y los carrerinos. Es decir: entre el sector moderado compuesto mayormente de terratenientes y comerciantes, decididos admiradores de Inglaterra; y el sector avanzado que reflejaba al grupo minero más radical, al artesanado y algunas fuerzas populares, abiertos pro norteamericanos y republicanos (1). Ausentes los Carrera, dos fusilados y José Miguel caudillo indígena en la Pampa argentina, Manuel Rodríguez como líder popular tomó la dirección de los avanzados.

Producido el desastre de Cancha Rayada, el Guerrillero asumió de hecho la dictadura revolucionaria. Organizó un regimiento po-

(1) Las relaciones chilenas con los problemas internacionales no son sólo económicas y de semejanza política. También juegan importante papel sus proyecciones diplomáticas y militares. Durante la Patria Vieja, mientras Poinsett actúa como aliado de Carrera, su rival, O'Higgins, es pro inglés. Era, además, un período de guerra comercial y militar entre Gran Bretaña y los EE. UU. En la rada de Valparaíso combatieron una escuadra inglesa a cargo de Hillyard y una nave norteamericana al mando de Porter. Hillyard era portador interesado de un acuerdo propuesto por el virrey del Perú. Más adelante, cuando Carrera solicitó ayuda en los EE. UU., sus avales fueron Poinsett y Porter, en ese momento Secretario de Estado.

En 1890-1891, el conflicto interno de Chile dividió a las grandes potencias. Mientras Balmaceda era apoyado por el embajador norteamericano; sus enemigos lo eran por Gran Bretaña. La pugna económica se prolongó a la pugna política. El asunto del Baltimore fue una consecuencia de la alianza Balmaceda-Norteamérica.

pular, los Húsares de la Muerte, dispuesto a combatir sin transacción alguna, hasta el fin. Pero, el triunfo de Maipú devolvió el Poder a los moderados.

Los o'higginistas dieron al nuevo Estado un estilo en pleno acuerdo con sus principios: derogaron los títulos de nobleza, pero crearon dignidades propias del bonapartismo, por ejemplo, la Orden al Mérito. Sin variar en nada las condiciones del pueblo. En consecuencia emergió la protesta popular.

El 17 de abril de 1818 el artesanado de Santiago, perdida toda ilusión en la mayoría o'higginista dominante, volvió sus ojos a su viejo aliado el Guerrillero. Recordó las ideas del fraile carrerino Orihuela y encabezados por Rodríguez desfilaron tumultuosos hacia el Palacio. El Guerrillero montado en un brioso corcel penetró hasta el zaguán. Pero, fue apresado. Su regimiento disuelto. Días después seguiría el destino de los Carrera. Más adelante, sus parientes sufrirían un futuro semejante a los familiares de los Carrera. Es indispensable agregar que el triunfo de la mayoría pro inglesa de la Logia Lautarina significó que la minoría rebelde, que por medio de José Miguel Carrera había adherido a la Gran Logia de Massachussetts, sufriera todo tipo de persecuciones (II). La guerra entre Inglaterra y los EE. UU. había dividido a la Orden Masónica en dos campos enemigos: los monárquicos y los republicanos.

Cuando la resistencia y protesta populares recaían sobre el sector gobernante, el camino de la insurrección estaba preparado. Freire en su lucha contra O'Higgins llamó a los elementos populares. A su vez también la caída del pipiolismo está relacionada con la presión multitudinaria. En 1829, los portalesanos —la Logia Filantropía— ayudaron al tipógrafo Victoriano Laynez a organizar la primera Sociedad de Artesanos con papel activo en la política chilena. Sin embargo,

poco tiempo después, ya dueños del poder, consideraron peligroso al dirigente popular y lo encarcelaron, disolvieron su Sociedad y suspendieron las garantías constitucionales para el "pueblo".

En 1851, la Campaña del General Cruz fue también una alianza política entre los sectores propietarios de la oposición —ciertos terratenientes sureños, antiguos pipiols, parte del clero, etc.— y los elementos más oprimidos del pueblo: los artesanos de Concepción, Santiago, Valparaíso, La Serena, Copiapó, etc., y el proletariado minero de Coquimbo y Atacama, que se expresaban ideológicamente en el igualitarismo.

Un hábil publicista moderno, Alberto Edwards, con una comprensión sociológica exterior, sólo de tipo político, llamó a la alianza de la oposición propietaria —terratenientes sureños, liberales, industrialistas utópicos a lo Pedro Félix Vicuña— con el artesanado santiaguino y los mineros serenenses de la Sociedad de la Igualdad, la *Fronza Aristocrática* de 1851. En verdad, fue una manobra audaz de un sector terrateniente y los industrialistas más el pipiolaje para utilizar la fuerza popular para sus propios fines. No trepidaron en propagar la más agresiva demagogia verbal para rodearse del calor y de la energía de la masa. Usaron la fraseología romántico social en boga. Cedieron el más visible puesto —secretario general— al representante criollo del industrialismo saint-simoniano, Pedro Félix Vicuña; y atacaron al autoritarismo del Ejecutivo en nombre de la Libertad. Los manifiestos redactados por Pedro Félix Vicuña son verdaderos panfletos libertarios, en pleno estilo robesperriano. Tuvieron la actitud que Karl Marx llama el socialismo conservador. Es la misma actitud que en Francia sirvió para derrocar el régimen monárquico-burgués de Luis Felipe de Orleans. En Chile sirvió para contrarrestar el sistema mercantil-regalista-burocrático de Manuel Montt. No olvidemos que sus ministros fundamentales fueron: Antonio Varas, el creador del hoy Banco del Estado, Jerónimo Urmeneta y José Wadding-

(II) Ciento diez años más adelante, en una Revolución mucho más significativa, volvió a repetirse el mismo proceso. Los moderados oportunistas liquidarían a los revolucionarios intransigentes.

ton ambos ricos comerciantes mineros en lo esencial y agricultores en lo secundario. Desde luego, cuando la sublevación se hizo efectiva, el candidato presidencial y máximo adalid agrario, el general Cruz, no sólo no se jugó entero y desautorizó a su secretario general Pedro Félix Vicuña, sino además transó con sus enemigos. En cambio, sus aliados populares —la Sociedad de la Igualdad, los artesanos y la masa popular serenense— combatieron hasta el fin.

El período insurreccional siguiente, en 1859, respondió a un frente social-político distinto. El gobierno de Montt había desplazado a sus antiguos aliados mineros. Transó con los terratenientes. Cargó a la minería la totalidad de los gastos fiscales y, en consecuencia, la oposición abarcó a los propietarios de las minas de Atacama, al artesano y a los obreros. Estuvieron en la misma barricada, las dos categorías sociales más vigorosas y activas del país: los industriales mineros y los trabajadores. Si en 1851, Pedro León Gallo y los Matta estuvieron junto a Montt, atacando a los rotos “alzados” y a los igualitarios, ocho años más tarde sus discursos tuvieron una fraseología radical y libertaria. Antaño, Pedro León Gallo Goyenechea había combatido en las calles de Santiago con arma al brazo contra el “pueblo”. Hogaño, los últimos pasaron a ser “la ciudadanía oprimida luchando por la democracia y la libertad” (9 a).

En los años posteriores, tanto los ministeriales como los opositores (durante el lapso comprendido entre 1862 y 1890) no tuvieron límites en sus afanes propagandísticos dentro de la masa. Dispuestos a retener o a conquistar el poder, todos los partidos políticos de las capas superiores usaron las tácticas y maniobras necesarias para comprometer a los trabajadores en sus fines. Pipiolo y autoritarios habían creado una escuela eficaz. Sus descendientes liberales y conservadores, radicales y nacionales, imprimieron periódicos con títulos expresivos.

El Minero, de Coquimbo, y *El Hambriento* de la capital, propios de la década de 1820, tuvieron sus continuadores en *El Trabajador*, *El Obrero* y *El Artesano*, en Santiago y *El Jornalero* en Valparaíso. Un observador cáustico y conocido liberal, Justo Arteaga Alemparte, dejó un interesante testimonio. Comentando una campaña electoral, escribió: “lo que llama sobre todo la atención en los camaradas del señor Errázuriz es el empeño que ponen en hacerle candidato de los obreros... Los diarios del señor Errázuriz se sienten poseídos de un amor increíble hacia el pueblo...” (9 b). Un periódico de propaganda electoral, *La Pura Verdad*, publicado en Valparaíso en 1871, del candidato a la presidencia José Tomás Urmeneta, propietario del mineral El Tamaya y de las fundiciones de Guayacán, Tongoy y otras, rival del anterior, hace idénticas declaraciones de cariño a los trabajadores. Uno y otro, Errázuriz y Urmeneta, se disputaban violenta y ásperamente las simpatías multitudinarias..., en las elecciones. Ambos eran liberales, pero de diverso matiz, y en sus respectivas actividades económicas tienen extensas páginas muy diferentes a sus declaraciones públicas. En particular Urmeneta tiene en la historia del trabajo en Chile un lugar destacado como pionero de la industria, pero como patrón utilizó todos los sistemas conocidos para pagar el mínimo de salario posible. Desde el reemplazo de la moneda legal por la ficha, válida sólo en el almacén de la Compañía, hasta el uso de la barra para los recalci-trantes.

En 1889-1890 la demagogia llegó a sus extremos máximos. Tanto el gobierno como la oposición usó la dádiva, la oratoria, el chantaje, la prensa y la presión popular callejera.

El Presidente Balmaceda estaba acosado por sus enemigos. La oposición llegó a cooperar “con dinero y personas al éxito” de

(9 b) Reproducido en *Diógenes y otros Escritos*, páginas 193 y 173, Ministerio de Educación. Chile, Santiago, 1957, compilación de R. Donoso.

(9 a) Frase típica en diversos discursos del nombrado.

un gran mitin del naciente Partido Democrático (10). Pero José Manuel Balmaceda con gran soltura supo atraer a los dirigentes democráticos, después del incendio de los tranvías por los manifestantes. El *Diario* personal de su ministro más íntimo, Julio Bañados Espinoza, nos servirá de prueba. "18 de julio (1890) —Guillermo Mackenna da cuenta en consejo de ministros de las bases que se leerán por los democráticos el domingo próximo, el *meeting* que se va a tener de ellos. Se acuerda una contestación de parte del Presidente lo más moderada posible y halagadora para el pueblo trabajador" (10 a). La misma táctica se usó cuando comenzaron las huelgas en la zona salitrera. La prensa oficialista de Iquique, *El Nacional*, apoyó las demandas obreras. Balmaceda envió su famoso y teatral telegrama: "¿Qué medidas se han tomado para solucionar las peticiones?"

Sin embargo, cuando la masa obrera entusiasmada con la propaganda libertaria de los congresistas (libertad electoral, democracia, abajo la dictadura) y la acción justiciaera del Presidente comenzó a exigir violentamente el pago en dinero efectivo de los jornales, no en fichas y tocó la propiedad privada, se borraron momentáneamente las diferencias entre los congresistas y el gobierno. Primó la conciencia de clase en todos los partidos de la clase social propietaria. El gobierno "oportunamente determinó el envío de los refuerzos que se han estimado necesarios. Con este motivo se pidió tropas a Tacna, se ordenó al blindado Almirante Cochrane que fuera a Iquique llevando refuerzos de Antofagasta, se contrató al Itata para conducir un batallón completo y se dispuso que el Blanco Encalada regresara a Pisagua" (10 b). El número de vícti-

mas caídas en la represión es desconocido. Prensa obrera no existía en el norte. En el Congreso, los líderes de la oposición Isidoro Errázuriz y Walker Martínez (futuro jefe de los saqueos) no atacaron al gobierno por los fusilamientos masivos, sino, por el contrario, por su demora en efectuarlos (10 c). Cuando días más tarde la huelga general se prolongó a Valparaíso, el 21 de julio, Balmaceda ordenó al general Valdívieso movilizar tropas santiaguinas al puerto y por telégrafo le dio "muy serias instrucciones". Sus consecuencias fueron entre muertos, heridos y presos, comprendidas mujeres, una cifra superior a quinientos. Los detalles aparecen en el *Diario* de Bañados Espinoza.

Al excederme de la temática —1810-1846— he tratado de diseñar la línea tendencial de los métodos políticos del siglo XIX, a veces semejantes en el actual. Toda agrupación política en sus divergencias con las demás, ha tratado de contrarrestar el peso de sus rivales usando la masa.

DETALLES SOBRE EL USO DE LA FUERZA POPULAR EN POLÍTICA

La primera resistencia de los trabajadores que se proyectó con fuerza sobre la correlación política del país, se produjo en 1828. Ocho años después de la Declaración de Independencia. Fue en Valparaíso. Confluyeron diversos elementos descontentos hasta crear un poderoso movimiento opositor, desde los fleteros y los trabajadores marítimos fiscales hasta el comercio local. Un decreto había sujetado las faenas de bahía al control estatal. Sólo podían efectuarlas aquellos trabajadores que poseyeran una autorización gubernativa. No era fácil de obtener: requería influencias, dinero y garantías. En el hecho, una exclusividad bien remunerada para los jornaleros gobiernistas. Los fleteros independientes, que infringiesen

(10) *Diario* de Julio Bañados Espinoza, reproducido en *La Libertad Electoral*, Santiago; a partir de su número 1.515, del 1.º de septiembre de 1891.

(10 a) Idem.

(10 b) Contestación del Ministerio al *Llamado de la Cámara de Diputados* pidiendo explicación al gobierno sobre su actitud en el norte, Santiago, 11 de julio de 1890, firmado por Salvador Sanfuentes. Además, reproducido en el *Diario* de Julio Bañados Espinoza, ya citado.

(10 c) Ver los *Discursos Parlamentarios* de Isidoro Errázuriz, Biblioteca de Escritores de Chile, Imp. Barcelona, Santiago, 1910. También, *Acta de la Sesión de la Cámara de Diputados*, proposición aceptada de Walker Martínez del 3 de julio de 1890.

el control, o sea, trabajasen sin el permiso, arriesgaban una pena corporal, no inferior a 10 años de prisión. El pretexto o el fin era impedir el contrabando.

Además, un sector fiscal de trabajadores marítimos tenían sus propios problemas: desde largo tiempo se encontraban impagos. En esos años era grave. Los principios disciplinarios vigentes obligaban a los afectados a guardar silencio. Todo reclamo o protesta significaba el desahucio inmediato más la pérdida de los emolumentos insolutos. A esos dos sectores disconformes —los trabajadores sin permiso y los obreros fiscales impagos— se agregó un tercer grupo: los comerciantes, exasperados por la vigilancia aduanera y las tarifas que imponían los fletos privilegiados.

Un regidor, Aicicena, opositor abierto, aprovechó la inquietud existente y organizó un Cabildo Abierto en Sesión Permanente, mientras no se solucionaran sus peticiones. Enviaron un delegado a parlamentar con el Director Supremo Ramón Freire. Obtuvo la renuncia del Intendente Zenteno y la suspensión de algunas de sus medidas. En el intertanto el equilibrio político general era inestable. La acción porteña rompió el *statu quo*. Los militares freiristas se sintieron desautorizados con la solución al problema Zenteno. Con ellos, la oposición logró deponer a Freire (11). En verdad, en momentos de tensión basta una resistencia activa, una huelga del transporte, una paralización del comercio o la movilización del estudiantado, para derribar un Ejecutivo sin base amplia.

El período llamado “La Anarquía” —una sucesión de cambios de gobierno y de golpes de Estado— está marcado por distintos llamados al pueblo, efectuados por las diversas facciones en lucha.

En 1828, la lucha entre las capas superiores de la sociedad chilena era especialmente áspera. Cada una, buscó la manera de presionar violentamente a las demás. Para ello, buscó como aliado al temido populacho. Los

intereses encontrados entre los propietarios de minas, los comerciantes y los terratenientes frustraban toda tentativa de organizar la República. Se pasó de una Constitución Política del Estado a otra. En las zonas mineras, los patrones movilizaron hasta sus trabajadores. Vieron en los artesanos y en los apires una forma de alcanzar el poder. Los impuestos de exportación al metal los hacía declararse oprimidos. En su prensa apareció un afán libertario teñido de rojo. Así vemos, por ejemplo, en *El Minero de Coquimbo*: “Por una parte el mayor número forma la clase de los oprimidos y por la otra, el menor el de los opresores” (12). El término “oprimidos” debe comprenderse desde el ángulo de la época. En Chile, como en Francia, en los ambientes opositores burgueses se usaba aún, el viejo vocabulario revolucionario de los años del *Ancient Régime*. En el siglo XVIII se llamó oprimidos a todo el Tercer Estado: la burguesía rica, los artesanos, los campesinos pobres y los *sans culottes* de la ciudad. El uso de la consigna “oprimido” se prolongó hasta 1848 en su significado original, pero en esa fecha y aún mucho antes, ya no era una realidad en su contenido antiguo. Se usaba en la medida en que respondía a las necesidades políticas, en particular renacía cuando ciertas capas burguesas luchaban contra otras. Ya el “pueblo” tenía otra palabra para autodefinirse: explotados. En el mejor de los casos, oprimido era un vocablo agitativo útil para combatir contra los remanentes autoritarios de la época despótica. En el fondo, oprimido significaba asimilar situaciones antiguas a condiciones diferentes, nuevas; pero con fines oportunistas. Nunca el pasado es tan milagroso como para resucitar. En el siglo XIX, el dominio general del capitalismo en calidad de categoría histórica era un hecho definitivo. Las relaciones de propiedad y sus proyecciones políticas se regían por los pun-

(11) Ver Diego Barros Arana, *Historia de Chile*, tomo XVI, pág. 559.

(12) 31 de mayo de 1828. Citado como epígrafe por Ramírez Necochea, *Historia del Movimiento Obrero en Chile*, Santiago, Austral, 1956, pág. 6.

tos de vista mercantiles, no de señorío medieval.

En los años siguientes, 1829 y 1830, se continuó con la táctica de agitar al pueblo, como elemento político. Dos historiadores liberales entregan un testimonio definitivo del trasfondo de la actitud pipiola y de su consigna "oprimidos". Diego Barros Arana escribió: "en 1829 y 1830 se había tratado de utilizar de esa misma manera a las clases trabajadoras" (13). Isidoro Errázuriz narró que "Las escenas del 23 en la noche convencieron a los opositores —los pipiols o liberales— que sus elementos de popularidad no eran suficientes para luchar contra la juventud ministerial en el terreno del tumulto; los obreros que habrían podido cambiar en su favor la balanza, se manifestaban entonces indiferentes a la política" (14).

Las tentativas para retrotraer a los trabajadores a la perspectiva anterior, propia del siglo XVIII o en el caso chileno al coloniaje, conducía externamente por la democracia, la libertad, el progreso o por lo menos a perfeccionar el régimen republicano; pero, en el fondo era una maniobra de un sector propietario contra el resto. Un gran historiador, David Riazanov, examinando los problemas de la naciente clase obrera de los países industriales de Europa en las primeras tres décadas del siglo XIX, extrajo una violenta, pero justa deducción: "Los proletarios peones del juego de la burguesía" (15). Lo que Riazanov descubrió en la historia de la política liberal en Alemania y de los radicales de Inglaterra, Francia e Italia, también sucedió en Chile en los mismos años. Bajo las condiciones casi primitivas del país, hubo el mismo escamoteo ideológico. La base social y económica de la minería era semejante al desarrollo social y productivo de la industria de aquellos países europeos. Chile era una nación muy atrasada vista en

totalidad; sin embargo, su extraordinaria riqueza minera permitió la creación de una importante industria extractiva y fundidora con su correspondiente proletariado en el norte. Los grabados de la época, prueban que las faenas de los fundidores como Lambert, Caldeclaugh y Edwards no tenían grandes diferencias técnicas con las de Europa. Lambert introdujo el horno de reverbero, en su tiempo la última palabra de mecánica (16). Además, las condiciones miserables del proletariado inglés, alemán y galo no eran sensiblemente mejores que las del criollo. En Inglaterra las jornadas medias eran de 14 a 16 horas; en las minas trabajaban niños de ocho años; la mujer efectuaba labores pesadas; todo, dentro de una promiscuidad, falta absoluta de higiene, hambre, alcoholismo, escasez de vestuario que asemejan notablemente los cuadros del novelista Charles Dickens a las descripciones de los viajeros europeos que recorrieron Chile. Desde luego que el nivel cultural medio era diferente al europeo. La construcción urbana, el desarrollo artesano y el porcentaje de analfabetos hacen imposible toda comparación entre el Viejo y el Nuevo Continente en esos aspectos; pero las relaciones entre el proletariado minero y fundidor europeo o chileno con sus patrones son, en esencia, desde un punto de vista de la Economía Política, las mismas. Las relaciones de producción, de trabajo y de salario son semejantes. Esto es, sin considerar que en Chile desde la Independencia, el Poder era ejercido por la burguesía criolla, atrasada, inculta, rústica; pero, burguesía al fin. Tanto en el período de "La Anarquía" como en el portaleano hubo diversos ministerios, con distintas capas dominantes, pero de una sola clase social definida. Las diferencias entre unos mandatarios y otros, correspondían a la proyección militante de distintas capas, en la vida política. Después de la batalla de Lircay gobernó una coalición autoritaria, que parecía

(13) *Un Decenio de la Historia de Chile*, pág. 81. Santiago, 1913? Mi ejemplar está roto.

(14) *Historia de la Administración Errázuriz*, B. de Esc. de Chile, Santiago, 1935, págs. 364 y 365.

(15) *Notas aclaratorias al Manifiesto Comunista*, Ed. Cenit, Madrid, 1932, pág. 138.

(16) Hoy, sucede el mismo proceso. La Gran Minería tiene un nivel técnico, superior al nivel medio productivo del país.

una restauración jerárquica. Sin embargo, los vencedores, los portaleanos, eran un equipo de comerciantes adheridos a la Logia Filantropía, creada por comerciantes. Usaron la dictadura, se apoyaron en el sector conservador de los terratenientes y del clero; pero, todo eso, no significa que la conformación social-económica de Chile retrocediera al período colonial. La esencia clasista, social, conformada por la revolución de la Independencia, no varió. No retrocedimos al pasado, ya lejano y superado; entramos a la etapa de organización definitiva del tipo de sociedad al cual aspiraba la joven burguesía mercantil chilena. Hay una continuidad de la vieja Logia Lautarina a la juvenil Logia Filantropía; prolongación representada en su Gran Maestro Manuel Blanco Encalada. Y si los lautarinos habían utilizado en las campañas libertadoras al elemento popular, los filántropos no olvidaron la lección. El realismo burgués portaleano tiene dos anécdotas típicas. Una, el Ministro Portales decía: "al chileno sólo lo mueve el hambre". Otra, se cuenta que dijo: "Ud., don Juan Egaña, cree en Dios, yo creo en los curas". Gran número de historiadores y cronistas se apoyan en los aspectos exteriores disciplinarios del régimen portaleano tanto para identificarlo con una especie de Restauración Conservadora como para afirmar que estuvo sobre las clases sociales en un afán nacionalista puro. Sin embargo, aún la disolución del ejército liberal fue en su raíz una medida burguesa: fue reemplazado por las milicias cívicas, expresión del conjunto humano que en Francia se denominó el Tercer Estado, comprendiendo desde el rico burgués al humilde artesano. La posición de los publicistas indicados, relegan al olvido lo esencial de todo análisis sociológico —las relaciones de producción y de cambio— exagerando el aspecto exterior político.

Si utilizamos un cuadro histórico que fije la atención en el contenido, sin concesiones a los esquemas estandarizados, con la simple documentación aportada por los investi-

gadores objetivos, nos encontramos con un Chile mercantil burgués. Teníamos un bajo grado de evolución productiva, aún para ese tiempo; pero las relaciones entre las clases sociales estaban sujetas al cálculo monetario. Nuestro desarrollo, muy *suí generis* para ser latinoamericano, pasa a ser de fácil comprensión si seguimos su trayectoria, por medio de un método histórico-genético.

La acumulación primitiva del capital se caracteriza por la apropiación privada de la tierra y por el trabajo forzado. Todo eso, se produjo en la Conquista y en los primeros años de la Colonia. El Repartimiento de Mercedes de Tierras, a título legal, transferible, fue el fundamento y el origen de la propiedad territorial.

En el siglo XVIII la situación se profundizó en la dirección capitalista. Su forma primitiva, el trabajo forzado, dejó casi de tener importancia. Las encomiendas y los indígenas encomendados —esclavitud disimulada— habían muerto naturalmente. Su defunción legal fue certificada en plena Colonia por el Presidente Ambrosio O'Higgins. "Según don Juan José de Santa Cruz —quien escribía en el año de 1790— ganaban los carpinteros y herreros 3 a 6 reales al día..." (17). "Hemos dicho que el peón ganaba en las postrimerías de la época colonial 2½ reales como jornal. Sin embargo, en el año 1796 el Presidente don Ambrosio O'Higgins dirigía una nota al gobernador de Valdivia, en la cual —según el distinguido historiador don José Toribio Medina— dejaba consignado que los habitantes vivían pendientes de su ración, que pasaban ociosos, sin querer trabajar; que el salario del peón alcanzaba a 4 reales diarios, siendo que por ley y en el resto del país no excedía de real y medio, etc." (18). El testimonio de Santa Cruz, Medina y Greve nos presenta el fin del siglo XVIII con una sociedad de relaciones en el trabajo de carácter mercantil, de compra y de venta, por un salario, aún

(17) Ernesto Greve, *Historia de la Ingeniería en Chile*, tomo III, pág. 328, Santiago, Imp. Universitaria, 1944.

(18) Ernesto Greve, obra citada, pág. 330.

en las zonas apartadas como Valdivia. No quiero decir con esto, que no existiesen otros sistemas sociales, antiguos y serviles; pero lo importante es el caso más general. No el particular. Aún en la tierra, el régimen de propiedad territorial era de compra y de venta, salvo en los excepcionales y particulares vínculos y mayorazgos. Gran parte de los trabajadores agrícolas eran "afuerinos". Existía un gran inquilinaje o régimen de servicio ligado a la tierra, al fundo. Pero, en la capitalista Inglaterra y en la burguesa República de América del Norte también lo había. En Escocia y en Texas sigue existiendo. En las condiciones atrasadas de las labores campesinas de antaño existía el sistema disciplinario de horca, cuchillo y barra; sin embargo, también los campesinos de aquellos países de habla inglesa, adelantados y vanguardia del capitalismo, eran azotados por los *landlords* y *farmers*, respectivamente. Se puede agregar, como argumento negativo, que teníamos una colección de nobles —condes, marqueses y mayorazgos—, pero sus títulos eran decorativos y productos directos de su adquisición monetaria, con el dinero reunido en el comercio y en el bodegaje.

Además, los problemas que creaban los jornales al barón de Vallenar, Ambrosio O'Higgins, responden al fundamento específico de todo régimen de asalariado. La tasa de los jornales estaba basada en el precio del mercado del trabajo. De acuerdo a la oferta y demanda de brazos. Otro problema derivado, es el fenómeno llamado "el ejército de reserva del Mercado del Trabajo" (19). Ya Manuel de Salas, en su conocido informe al Ministro Gardoqui, describió el número de hombres desocupados que ambulaban en las calles de Santiago. El llamado espíritu aventurero, andariego, del peón criollo es sólo la forma literaria de la terrible emigración de los trabajadores sin faenas. Las crónicas de la época, narran otra curiosidad

(19) El "ejército de reserva del trabajo" es la parte sin ocupación de la masa, que con su oferta sostiene la competencia u oferta de mano de obra, de trabajadores, presionando la tendencia a la baja del jornal sobre los ocupados.

chilena: el gran bandidaje rural; pero, en general omiten decir que está originado en la gravedad que asumía para el campesino "afuerino", sin cultivo propio, la época de inactividad agrícola.

En general, regía en el mercado del trabajo la competencia de oferta de brazos creada por el ejército de reserva del trabajo; pero, con la apertura del mercado mundial de los metales, posterior a la Independencia, se produjo otra rivalidad que contrabalanceó la anterior. La demanda de peones creada por la minería, modificó la balanza. Se originó una constante movilidad de población hacia el norte, curiosamente documentada como veremos más adelante. Y no menos fuertemente atacada por los terratenientes, como también demostraremos en las páginas siguientes.

El sistema dominante de asalariado, explica la importancia que, con el tiempo y la evolución productiva de la República, jugó en la vida social-económica y política el trabajador chileno. Excluirlos de la historia partidista y social del país, dejaría inexplicables muchos hechos del lapso entre 1810 y 1846.

FORMACIÓN DE LA INDUSTRIA Y DEL PROLETARIADO INDUSTRIAL

Los trabajadores del período anterior al de 1830 eran en general hombres libres —ofrecían su energía física a cambio de un salario— pero sus actividades no eran de carácter fabril. Eran peones, jornaleros con oficio y artesanos especializados, propios de una colectividad mercantil preindustrial. Predominó el artesano en la ciudad; el peón y el jornalero con oficio en la minería; y el inquilino, el mediero y el peón, en la agricultura. En cambio, una década más tarde, comenzaron a sentirse los efectos de una serie de años felices para la minería, el comercio, la navegación y la metalurgia. El torrente de plata de Chañarcillo dio la riqueza capaz de crear nuevas empresas en todo el país. El río de cobre de El Tamaya hizo

surgir fundiciones, para ese tiempo gigantescas. No sólo Chañarcillo y El Tamaya produjeron grandes fortunas y grandes concentraciones de trabajadores, a esos yacimientos se sumaron faenas medianas y menores desde el paralelo 25 hasta el golfo de Arauco. Comenzó la explotación intensiva del carbón. Nacieron las sociedades comerciales que, en el futuro, se denominarían “Carbonífera y de Fundición Schwager” y “Carbonífera e Industrial de Lota”. Mac Kay, Cousiño y Rojas junto con abrir socavones levantaron excelentes fundiciones de cobre. El tráfico entre las zonas cupríferas y las carboneras desarrolló la marina mercante. La exportación a Inglaterra del metal rojo y de la plata hizo posible sostener la Compañía Inglesa de Navegación y crear la Compañía Sudamericana de Vapores. Junto a los barcos ingleses y criollos creció el capital de los habilitadores mineros hasta transformarlos en la banca de Valparaíso. Los antiguos prestamistas de Atacama y Coquimbo —Edwards, Escobar y otros— se trasladaron al puerto. Valparaíso, de mísera caleta pasó con rapidez a ser la plaza mercantil del Pacífico y una imitación de los grandes puertos británicos.

La minería exigió cada día más brazos. Transformó a los antiguos campesinos aborígenes de Arauco en obreros del carbón. Los gañanes de las haciendas del norte poco a poco abandonaron sus labores temporales de la agricultura por las más permanentes de la mina y de la fundición. Los pirquineros desesperanzados prefirieron la relativa tranquilidad de las faenas mayores. 10.500 emigrados políticos argentinos se distribuyeron en los minerales y ciudades del norte. Venían carpinteros, herreros y albañiles, no faltaban tampoco publicistas y militares; pero, en su mayoría dejaron sus herramientas artesanales, la pluma o la espada, para empuñar la barreta. Sarmiento, Alberdi y Vicente Fidel López trabajaron en las minas. En Valparaíso, los comerciantes levantaron bodegas de minerales, de herramientas y de vituallas para los minerales;

embarcando y desembarcando mercancías. Lastarria fue dueño de minas. Jotabeche se enriqueció en la misma actividad. Monvoisin habilitó mineros. Diego Portales había hecho lo mismo y adquirido una barca para transportar metales. Para todo eso, fue necesario trabajadores; creciendo una población mixta de jornaleros, fleteros y estibadores. El ferrocarril de Caldera a Copiapó hizo otro tanto: creó el “carrilano” y el obrero de la línea. Y el diario *El Copiapino*, obreros de imprenta.

Sobre ese cuadro de prosperidad, de creación, de trabajo y de comercio se sostuvo un movimiento cultural, iluminando la oscuridad mental no creadora de los chilenos, el primer albor de intelecto propio. El llamado “Movimiento del 42” dio frutos pequeños, pero jugosos. Los jóvenes literatos criollos absorbieron el romanticismo social francés, el socialismo utópico, y el ácido descriptivo de Larra. Jotabeche describió a los mineros, a Chañarcillo y a Copiapó. Y mientras emergía esa doble actividad, la económica y la literaria, se fue solidificando la clase social moderna de los trabajadores, el proletariado, en su forma criolla típica, el trabajador de la industria minera.

En los centros vivos de Chile se diseñaron “dos clases rivales, casi dos razas”. Una, “reserva para sí todos los bienes y goces que brinda la escasa civilización”. La otra, “trabajar y trabajar sin expectativas, excluida del derecho, y de la educación, de la propiedad y de la escuela. El tiempo acentúa y arraiga el antagonismo” (20). Esas frases, escritas en el siglo XIX, definen al capitalista y al trabajador chilenos. No provienen de un socialista. Son de un liberal, don Isidoro Errázuriz.

Nuestro pueblo es llamado “el roto”. Mas, esta calificación se presta a equívocos. Se puede ser roto y no “roto”. Precisemos. El “roto” saca de sí mismo todas sus riquezas. Se tiene. Es dueño de sí mismo y sólo eso. Y dueño de nada. En cambio, se puede ser

(20) *Historia de la Administración Errázuriz*, B. de Esc. de Chile, Santiago, 1935, pág. 15.

rotoso y propietario. El huaso puede ser rotoso y, sin embargo, poseer alguna propiedad, sus herramientas, algún animal y alguna cosecha mediera. Es apegado a la tierra, su sentido de la propiedad se le ha hincado en la carne. También un artesano puede ser rotoso, sin embargo, es dueño de algo: de su taller, de sus herramientas. Estos aspectos, entre sociales y psicológicos, tienen una vigencia vital en política. "El Roto" es el proletario chileno, vale decir, el más típico obrero nuestro: el minero. Se le encuentra en el fondo del pique, cortando la veta, quebrando el manto; cargando mineral o quemando sus dedos en el horno fundidor. Sin ningún bien que defender, excepto sus brazos —su salario— es el espontáneo héroe de la lucha moderna de clases chilenas. El retrato sociológico del minero criollo es la versión nacional del proletario fabril descrito por Marx. Es el hombre asalariado, sin herramientas propias, que aliena su energía física por un jornal; concentrado en faenas proveedoras de los mercados internacionales.

La génesis del proletariado "roto" es semejante al proletariado inglés. En gran medida, nace del desplazamiento de los campesinos expulsos de la tierra. Su drama lo narro en un capítulo especial de otra obra, *La Concentración Capitalista de la Propiedad de Tierra, Expulsión de sus Antiguos Habitantes, Agricultura Industrializada* (21). Forma en la ciudad el ejército de reserva industrial, es decir, el mercado humano, donde encuentran brazos disponibles los empresarios mineros. Manuel de Salas, en el siglo XVIII, en su "Representación al Ministerio de Hacienda don Diego de Gardoqui", ya lo describe: "todos los días se ven en las plazas y calles jornaleros robustos ofreciendo sus servicios, malbaratándose a cambio de especies, muchas veces inútiles y a precios altos". En otro fragmento, refiriéndose a la abundante mano de obra disponible para los trabajos públicos —puentes, caminos,

etc.—, escribió: "Concurre así cuanta gente admiten los fondos, sin que jamás haya dejado de sobrar" (21 a). Otro burgués activo, el fundidor de oro y de plata, concesionario de la Casa de Moneda, Francisco García Huidobro, dejó también testimonio del gran número de hombres sin trabajo, expulsos de la tierra, que se ofrecían para las diversas empresas. En España había la idea de que el trabajo minero y fundidor se efectuaba como en Potosí y en Huancavélica con esclavos forzados, por ello informó que en Chile le "ha sido preciso valerse por la mayor parte de gente libre para trabajadores" (22).

Con la Independencia se produjo con cierta velocidad una absorción del "ejército de reserva del trabajo", existente en las ciudades. Más adelante, la demanda de brazos los hizo pasar en totalidad a la fuerza activa. Las inversiones inglesas, —su demanda de cobre— aceleró el proceso. El descubrimiento de Chañarcillo, el aumento creciente de la exportación de metales argentíferos, dio origen a otro problema: la escasez de trabajadores. La fuerza obrera activa fue insuficiente y comenzó la inmigración, arribaron en busca de salario hombres de todas las nacionalidades. Junto al "roto" empuñaban la barreta codo a codo, bolivianos, argentinos; aventureros alemanes, ingleses y franceses. Jotabeche describe a los copiapiños de 1841 de la siguiente manera: "Los habitantes son en su mayoría extranjeros... sin que podamos asegurar que mañana u otro día tengamos otra cosa" (23). Sarmiento en sus *Recuerdos de Provincia* recalca la abundante emigración argentina. Alberdi, y Juan María Gutiérrez cambiaron la pluma por la picota y la pala. Marineros anglosajones y yanquis desertaban en busca de mejores salarios o de la fortuna que entregaría un "derrotero". Mineros de Gales eran con-

(21 a) M. de Salas, *Escritos*, Universidad de Chile, Santiago, 1910-1914.

(22) F. García Huidobro, *Nuevas Ordenanzas de Minas para el Reyno de Chile*, cap. IV. De los trabajadores y peones. Ordenanza XXXII, 1754.

(23) Jotabeche, *El Mercurio*, 1.º de febrero de 1842.

(21) *Desarrollo del Capitalismo en Chile*. Segunda edición en preparación, revisada y aumentada.

tratados directamente en su patria; por sus conocimientos profesionales. Además... hubo abundante y solicitada emigración femenina. El Intendente de Atacama José Francisco Gana publicó avisos en la prensa de Valparaíso pidiendo trabajadores para su provincia. La "mujer ganará plata de lavandera, de cocinera, costurera o vivandera".

Desde luego junto a la humilde obrera arribó a la zona, otro tipo de viajera, con la profesión más antigua de la civilización. "La esperanza trae siempre muchachas. Ahora vienen veinticuatro de Valparaíso... muchachas de *consecuencias*... Cada cual trae a más del sombrero con plumas o de la cofia enflorada, un elegante parasol..." (24). "El joven o la niña que se acuesta sin bailar... puede exclamar... ¡Hoy he perdido el día!" (25). La sorpresiva facilidad para ganar un jornal, tiente a los hombres que durante años habían sufrido obligada escasez monetaria y la consiguiente austeridad. Copiapó, Vallenar, Caldera, Freirina y Huasco atraían trabajadores jóvenes y aventureros. De fuertes brazos, de día empuñaban la barreta; de noche se dejaban estafar por los dedos suaves del amor fácil y por los dedos ágiles de los escamoteadores profesionales de naipes. La quinta, la fonda y la cantina eran los centros de espera para la próxima jornada de labor. El norte, Valparaíso y los puertos del golfo de Arauco tuvieron escenas semejantes a las narradas por Pérez Rosales en sus *Recuerdos del Pasado* en California. No podía ser de otra manera: Carrizal, Tierra Amarilla, Inca de Oro, Andacollo y Copiapó no fueron diferentes de los centros mineros auríferos de la Alta California; Valparaíso, centro mercantil de la minería jugó el mismo papel que San Francisco; Lota, Lebu, Curanilahue y Coronel —minas de carbón— tuvieron los mismos rasgos terribles de las minas francesas mostradas por Emilio Zola en *Germinal*.

En el Far West de los días de la quimera del oro, se usó el revólver. En Francia, la navaja. Aquí, el corvo y el "choco". Son los años agresivos de la mocedad del capitalismo industrial minero. En la naturaleza inhóspita del cerro y del desierto no es fácil conservar las reglas de la moral convencional y de la buena conducta.

¡Qué lejos nos encontramos de los primeros años de la República! Un articulista de *El Mercurio* de Valparaíso —¿D. F. Sarmiento? ¿Pedro Félix Vicuña?—, escribió entonces: "Cuando hubo de reclutarse el ejército que hizo la guerra del Perú, se encontró en las calles de Santiago suficiente número de hombres para formarlo, sin que su falta se hiciese sentir en los talleres y en la labranza" (26). Con el auge de la minería, todos los desocupados del campo y de la ciudad emigraron al desierto de Atacama. Lo hicieron los campesinos pobres, los jornaleros y los inquilinos. "El Ejército de Reserva del Trabajo" desapareció. Los terratenientes, sin brazos baratos, comenzaron a presionar. Y lo harán durante todo el siglo (27). Dueños de gran parte del poder, con el pretexto de impedir la "vagancia", obtuvieron de sus representantes políticos, un decreto drástico emitido el 16 de agosto de 1843. Entregando al criterio policial el reclutamiento forzado de los individuos sin ocupación contratada, para su utilización en las actividades agrícolas.

LA CONDICIÓN DE VIDA DE LOS TRABAJADORES

Tras la gran demanda de trabajadores y el decreto contra la "vagancia", los besos lucrativos, los naipes bien barajados y la "cangalla" había un mundo más real aún (28). El esfuerzo, los músculos gastados y la energía consumida en la labor diaria no podía ser retribuido en totalidad, como es comprensible. A cambio de un salario, los

(24) Jotabeche, *El Mercurio*, 8 de abril de 1842, *El Puerto de Copiapó*.

(25) Jotabeche, *Copiapó*, *El Mercurio*, 1.º de febrero de 1842.

(26) *El Mercurio*, 19 de diciembre de 1842.

(27) Ver Segall, *Desarrollo del Capitalismo en Chile*, segunda edición revisada y aumentada en preparación.

(28) "Cangalla" o sustracción de mineral por el trabajador para su venta clandestina.

trabajadores enriquecían a sus patrones, los propietarios de minas, los fundidores; los comerciantes habilitadores y los empresarios de transporte (29). Alguna compensación obtenían, además, con la venta de la "cangalla", pero en el hecho la verdadera utilidad, en este caso, la obtenían los comerciantes compradores (30). He logrado reunir algunos antecedentes sobre la situación humana de los trabajadores. Son escasos los testimonios, eso sí que dignos de fe; pues, todos proceden de fuente burguesa, cuyos autores fueron decididos partidarios del sistema económico capitalista.

El afortunado propietario de minas José Joaquín Vallejo, Jotabeche, dejó vigorosos trazos entre sus cuadros costumbristas a lo Mariano José de Larra, Fíguro.

"A la vista de un hombre desnudo que aparece en la bocamina, cargando a la espalda ocho, diez y doce arrobas de piedras, después de subir con tan enorme peso por aquella larga sucesión de galerías, de piques y de frontones; al oír el alarido penoso que lanza cuando llega a respirar el aire libre, nos figuramos que el minero pertenece a una raza más maldita que la del hombre... El espacio que media entre la bocamina y la cancha donde deposita el minero los metales lo baña con el sudor copioso que brota por todos sus poros..." (31).

Un inglés, Charles Darwin (cuya única relación personal con Marx fue su agresiva carta devolviéndole un ejemplar dedicado de *El Capital*), cuando observó la vida de los mineros chilenos tuvo escalofríos. "Me sorprende —escribió— tanto la palidez de la mayor parte de los mineros, que interrogué sobre esto a Mr. Nixon, dueño de la mina, quien no sabe explicarme la causa". Más adelante, agregó: "La mina tiene 450

pies de profundidad y cada hombre sube a la superficie 200 libras de piedra. Con esta carga al hombro tiene el minero que trepar por cortaduras hechas en troncos de árboles, dispuestos en zig-zag en los pozos. Jóvenes de 18 a 20 años, desnudos de medio cuerpo arriba, suben así, esta enorme carga. A pesar de este rudo trabajo se alimentan sólo de habas cocidas y pan de mala calidad. Ganan 30 a 35 francos mensuales y no salen de la mina más que una vez cada tres semanas, muy bien vigilados para que no vayan a llevar oro entre las ropas" 1834, (32).

Los medios disciplinarios en las faenas eran casi medievales. Una respuesta áspera, considerada insolencia, tenía como castigo: la barra, los azotes y el encierro en el "pulguero". Los delitos mayores, por ejemplo, la "cangalla", eran penados por medio de la justicia, aplicada por los subdelegados, y consistía en prisión con trabajos forzados. Esos sistemas represivos se continuaron usando durante todo el siglo. Cuando uno de los propietarios de Chañarillo, Pedro León Gallo, le pareció anacrónico el castigo físico —los azotes— tuvo un grave entredicho con la autoridad. Como regidor de Copiapó, impidió una vez aplicar esa pena a los jornaleros municipales. El Intendente Silva Chávez lo destituyó de inmediato. Cuando recurrió al Consejo de Estado, su apelación fue rechazada. Esto sucedió en 1853. El método de castigos físicos era considerado indispensable, necesario y lógico.

En 1841 se dictó un reglamento que fijaba el régimen de vida en los minerales, en particular el de Chañarillo. En uno de sus acápite se estableció el toque de queda a las nueve de la noche. Su contravención era castigada por primera vez con ocho días de trabajo sin jornal; por segunda vez, con la pena duplicada y así sucesivamente.

Cuatro años antes, se dictó un reglamento especial para Chañarillo. En su articulado, el número 1 dice: "El juez cuando crea conveniente podrá registrar los ranchos de

(29) La habilitación o préstamos a los mineros sobre futuras extracciones, como fuente de acumulación de capital y origen de la Banca portañña es analizada en Segall, *Desarrollo del Capitalismo* en Chile, segunda edición revisada y aumentada en preparación.

(30) La compra de "cangalla" como origen de grandes fortunas chilenas es demostrada en Segall, obra citada.

(31) Jotabeche, *Mineral de Chañarillo*, *El Mercurio*, 2 de febrero de 1842.

(32) Darwin en *Mi Viaje Alrededor del Mundo* describe largamente diversas minas y fundos chilenos.

las peonadas de cualquier faena... procediendo con el peón como crea su deber". El artículo 10, estipula: "Ningún dueño de faena ni los mayordomos de ella darán alojamiento a persona alguna que no lleve pasaporte del gobernador..." El artículo 17 indica que: "Cuando algún peón se fugue, el mayordomo deberá dar aviso oportuno al juez para que éste proceda a su aprehensión o dé cuenta a la autoridad superior, la pena de no hacerlo así será responsable el mayordomo a los cargos que obren contra el prófugo" (33).

LAS LUCHAS INICIALES DEL PROLETARIADO MINERO

Los autores frente al movimiento social moderno se dividen por sus orientaciones metodológicas, concepción histórica y profundidad investigativa en dos corrientes centrales: la mecánica o estática y la dinámica o dialéctica. Los que señalan al año 1831 como la fecha de partida del movimiento obrero, es decir, la insurrección de los tejedores (canuts) de Lyon son los mecánicos; cuyos exponentes más notorios son el anarquista francés Dolléans y los comunistas oficiales (34). En cambio, los investigadores que han descubierto que la lucha de clases moderna tiene distintos niveles en su evolución, superando los cortes arbitrarios de índole cronológica, son los dialécticos. Mientras los mecánicos separan a la insurrección de Lyon del contexto histórico integral de Francia; los dialécticos, con una visión de proceso total, han probado documentalmente que los canuts en su acción responden al cuadro total del período revolucionario llamado "Las Tres Gloriosas", que derribaron al régimen de la Restauración de Carlos X. Además, que el desarro-

llo tanto de la burguesía como del proletariado fue antagónico incluso en el período de la Revolución Francesa. Esto, no quiere decir que no crecieron ligados y que muchas veces actuaron en un sólo lado político general. La primera actitud, la mecánica, fue en su tiempo demolida por la crítica. Partiendo de los trabajos de Guizot, Thiers y sus respectivas escuelas, Marx, Engels, Jaurés y Tarlé aplicaron el escalpelo, demostrando que el movimiento obrero de Francia fue muy enérgico en la última década del siglo XVIII (34 a). Lo mismo observaron en la Inglaterra en el filo de los siglos XVIII y XIX. Más tarde, esa posición histórica fue alterada por K. Kautsky y otros, cuyos continuadores, la "escuela" comunista oficial inventada por J. Stalin, estableció esquemas rígidos, etapas paralelas autónomas o, en su defecto, un simple desarrollo desigual.

La concepción dialéctica de la sociedad fue respuesta en su sentido prístino por L. D. Bronstein (L.T.), quien elaboró una concepción histórica de desarrollo desigual pero combinado de distintas etapas productivas y culturales dentro de una totalidad abierta y diversificada en movimiento. Punto de vista unitario que responde a la forma completa del desenvolvimiento social (35).

En la actualidad, un equipo de historiadores formados en las cátedras de Mathiez, Labrousse y Bourguin, han confirmado, en estudios ya clásicos, que en plena Revolución Francesa, la todavía inorgánica clase obrera francesa tuvo un papel protagónico del pri-

(33) *Reglamento Expedido por el Gobernador de Copiapó para la Dirección y Arreglo del Mineral de Chañarillo*, Imprenta El Mercurio, Valparaíso, está firmado por el Intendente Juan Melgarejo y por Agustín Vallejo en calidad de escribano público, dado en Copiapó el 7 de agosto de 1837.

(34) Dolléans, *Histoire du Mouvement Ouvrier*, Colin, París, 1936, o en su versión castellana de D. Abad de Santillán, Ed. Universitaria de Buenos Aires, 1960-1961.

(34 a) La obra de Tarlé, *La Clase Obrera en la Revolución Francesa*, fue publicada entre 1909 y 1911, en una atmósfera de fervor creador y pasión investigadora. Oculada durante el trágico período comprendido entre 1927-1957, su autor sufrió censura, prisión y graves peligros. Como proyección de las "revelaciones" de los políticos dominantes en esta hora, ha sido reeditada en 1960-1961, en versión rusa, italiana y argentina (italiana E. Riuniri y argentina, Futuro). Sin embargo, la lectura de los últimos escritos de los comunistas oficiales indican que la orientación de Tarlé no es continuada; sino, por el contrario, omitida.

(35) L. D. Bronstein (León Trotsky) presenta la concepción de desarrollo histórico desigual y combinado en su *Historia de la Revolución Rusa*; diversas ediciones norteamericanas, castellanas, francesas, italianas.

mer plano. En particular Daniel Guerin y Pierre Lambert han fundamentado con precisión y sin contradicciones esa realidad (36). Con anterioridad a la industria mecánica hubo un tipo de gran taller cuyos propietarios tenían un considerable número de operarios, que unidos a los trabajadores a domicilio, tuvieron métodos de acción política y de acción revolucionaria y de acción reivindicativa muy semejantes al proletariado industrial específico.

Esto que es válido en Gran Bretaña y Francia, donde el desarrollo productivo fue más veloz y de donde parte la revolución industrial moderna, también es válido en Chile. Como veremos más adelante, la concepción dialéctica de desarrollo desigual y combinado es la única que explica el transcurrir chileno. Si bien la fábrica actual, producto de la revolución industrial, separa radicalmente al artesano de oficio del obrero industrial específico, hubo una preforma no bien diseñada, del obrero fabril actual, que como este último sólo era propietario de su fuerza para el trabajo, la que vendía por un salario. Todo trabajador en cualquier nivel de la evolución productiva moderna—artesano, operario manual y proletario industrial— que se rija por la ley del valor determinada por la categoría económica jornal, tiene un denominador común: el régimen de relaciones sociales basada en el trabajo no pagado o plusvalía.

En general, la resistencia de los trabajadores en la alborada de la centuria pasada

precede al maquinismo (37). Los autores dialécticos citados, cuando examinaron las guerras de liberación hispanoamericanas, encontraron fenómenos clasistas importantes en el proceso de la Independencia. Descubrieron gérmenes de la lucha social de hoy, en la actitud política y militante de los trabajadores de las minas de Venezuela, Chile, Perú y Bolivia. Como también pusieron a luz las luchas campesinas en Venezuela, Colombia y otros países. Temas, todos, en los que hoy trabajan distinguidos académicos como el venezolano Parra-Pérez y el argentino Boleslao Lewin.

Sin embargo, Dolléans, los oficialistas y sus discípulos criollos en un aspecto específico diferente se encuentran con la razón. En verdad, la insurrección de los "canuts" es un jalón del movimiento obrero. En la década del 1830, iniciaron los trabajadores una ofensiva internacional; tanto en América como en Europa. Adquieren una resistencia activa muy similar en el Viejo y en el Nuevo Continente; o, por lo menos, en algunos países de Europa y de América. Es particularmente interesante, hasta sorprendente, la coincidencia entre la aparición militante del naciente proletariado chileno típico, el "roto" minero y las explosiones violentas de los tejedores de Lyon y de Silesia (Alemania). Esa simultaneidad está relacionada con la revolución industrial expandiéndose en el mundo. Por una parte, el viejo artesanado pasaba a la pauperización, por su incapacidad de resistir la competencia fabril y por otra parte, se producían crecientes concentraciones obreras.

Todo eso originó protestas populares, manifestaciones callejeras y coaliciones de resistencia y de actividad políticas. Los ma-

(36) La obra erudita de Mathiez tiene diversas traducciones, incluso chilenas. Los trabajos de los profesores de La Sorbone, Labrousse y Bourgin se pueden conocer a través de la *Revue d'Histoire Economique et Sociale*, Rivière, París. El trabajo principal de Guerin es *La Lutte de Classes sous la Première République*, Gallimard, París, 1946. Los ensayos de Pierre Lambert aparecen regularmente en la revista *La Verité*, París. El máximo precursor de la línea Dolléans-comunista oficial es Karl Kautsky. En cambio, de la corriente Tarle fue el gran historiador Franz Mehring. En la actualidad, pertenecen a la corriente mecánica: J. Bruhat, A. Soboul, y la difunta Pankatova. En cambio, podemos incluir en la posición dialéctica a Henri Lefebvre, Pierre Naville, Isaac Deustcher, Leszek Kolakovsky, Arnold Hauser, Ralph Turner (*Las Grandes Culturas de la Humanidad*, F. C. E., México, 1953) y W. F. Wardé (I. S. Review de N. Y.), etc.

(37) Además de preceder al maquinismo, la resistencia obrera es una de las causas motrices. Economizar mano de obra, tiempo de trabajo y salarios es un principio lógico en la industria. Esto es más válido todavía, cuando la presión obrera impone alzas en la tasa de los jornales. Para debilitar la resistencia obrera, todo industrial hábil reduce sus costos por medio de nuevas máquinas, la perfección técnica, la división de las tareas y la racionalización. Con todos esos medios, puede reemplazar en gran parte al trabajador calificado y adulto por mujeres y menores que aceptan un salario inferior.

yores perjudicados con la expansión industrial fueron los artesanos, luego la protesta más ruidosa partió de ellos. En Chile, la primera organización política orgánica de los trabajadores data de 1829 y responde socialmente a los problemas que les creaba a los artesanos la competencia extranjera agudizada por la crisis económica de la hora. El tipógrafo Victorino Laynez, auxiliado por los portaleanos —la Logia Masónica Filantropía— reunió a los operarios de los talleres de imprenta y de sastrería en la “Sociedad de Artesanos”. Diego Portales, hábil político, decía: “A los chilenos sólo los mueve el hambre”; con astucia de estratega, tituló a su periódico de guerrilla *El Hambriento*. Sin embargo, la “Sociedad de Artesanos” al ligarse a la burguesía mercantil, comprometiendo su independencia política y de clase social, respondía a sus propias limitaciones: el artesano es en el hecho parte de la pequeña burguesía. Sin embargo, para los “filántropos” portaleanos era un instrumento útil en la medida que aportaba fuerzas para sus actividades conspirativas. Después, encontrarían la forma de disolverla. En esto, no desmerecieron los comerciantes-políticos de sus maestros franceses. En una dirección general, podemos decir, que los 150 años de la República de Chile examinados sin prejuicios tienen conexión, simultaneidad, semejanza, con los problemas europeos. En 1829-1830, en Francia la oposición burguesa-mercantil-bancaria se apoyó en parte del pueblo para derrocar al régimen de la Restauración de Carlos X. Las “Tres Gloriosas”, tres jornadas revolucionarias que condujeron al poder a Luis Felipe de Orleans y sus banqueros, están señalados por el frente común de la burguesía encabezada por el banquero Laffitte y los dirigentes populares de París.

Simultáneo al frente común de los comerciantes y de los artesanos, hubo una fracción de los trabajadores que conservó su independencia, con una actitud definida y clasista. Sin embargo, la mayoría popular estuvo con el frente común; la razón es simple: res-

pondían al tipo de producción dominante tanto en París como en Santiago. En la proporción que corresponde a una Francia moderna y a un Chile atrasado la característica central de la época es la actividad artesana, manual. En ambos casos, la gran mayoría de los trabajadores eran artesanos, categoría social fluctuante, pequeño-burguesa. En cambio, la minoría independiente se podía clasificar como proletaria, es decir, en Francia, el proletariado industrial específico; y en Chile el proletariado minero. Paralela a la colaboración artesana-mercantil hubo siempre la contradicción moderna fundamental: asalariados versus capitalistas.

En la década del 1830, Lyon era el centro textil de Francia y en Chile comienza la gran explotación de Chañarcillo y El Tamaya. Las fuertes insurrecciones obreras francesas tienen su imagen criolla. La importancia de este paralelo ha sido olvidado o desconocido. De aquí, deriva la importancia del toque de alarma sobre las tendencias de los historiadores sociales. Así como la realidad social-económica del Viejo Mundo se continúa en el Nuevo, de la misma manera los puntos de vista históricos europeos se prolongan a Chile. El historiador social cuando sigue la línea tendencial estática o mecánica compromete la objetividad, desorientando a sus lectores no especialistas. En los trabajos sobre el movimiento obrero nacional surge la idea que no hubo lucha de clases violenta en el país. Los continuadores criollos de la perspectiva Dolléans-oficialista disminuyen más al horizonte que sus maestros. Mientras los europeos hacen partir la insurgencia obrera en 1831, los chilenos sólo anotan huelgas aisladas después de la primera mitad del siglo XIX. Se limitan a señalar la circulación de alguna bibliografía socialista europea en los últimos años de la década del 1840. En consecuencia, no entroncan la política general de los partidos políticos con el movimiento obrero hasta el siglo actual (38).

(38) Es curioso anotar que escapan a mi crítica, los trabajos históricos generales de los eruditos y ensayistas

El argumento para no investigar la lucha social anterior se fundamenta en una simple afirmación: como no hubo industria mecánica, menos todavía pudo haber existido la respectiva concentración de trabajadores industriales suficiente para una lucha social moderna. En realidad, a pesar del escaso desarrollo del país como unidad, tuvimos grandes producciones de cobre y de plata que estuvieron entre las primeras del mundo. La lucha de clases moderna se ha desarrollado entre nosotros desde la primera mitad del siglo pasado.

Sin embargo, como ya expresé, Dolléans tiene alguna razón. La primera rebelión obrera independiente —de clase contra clase— en Chile, es posterior en dos años a la de Lyon de los “canuts”. Independencia de clase que no significa un aislamiento específico; sino, por el contrario, una conexión directa con la suma de los problemas económicos, sociales y políticos de la nación.

Sin considerar las faenas auríferas de la Conquista, los talleres jesuitas y el mineral de Agua Amarga, propios de una etapa antigua, la primera concentración productiva nacional fue el mineral de Chañarcillo. Descubierta aproximadamente el 16 de mayo de 1832. Con rapidez su río de plata dio auge a gran parte del territorio. Y, también, dos años más tarde dio lugar al primer alzamiento proletario típico chileno, “roto”. Seguido, después, por una conspiración política opositora, basada tanto en la fuerza obrera como en la riqueza argentífera.

Las crónicas regionales han dejado testimonio de esa rebelión proletaria. Sayago escribió: “Chañarcillo tuvo en sus primeros años de explotación: el alzamiento de los peones y el cangalleo... Más de una vez pusieron a la peonada casi en señorío del mineral, haciéndose preciso mantener allí una fuerte guarnición que andando el tiem-

po, se encomendó a tropa del ejército de línea. Pero, si a fuerza de bayonetazos y de descargas de fusilería, se logró contener los desmanes de los operarios, revueltos en masa”, etc. (39). La marcha insurreccional proletaria chilena tiene como fecha de partida el 6 de marzo de 1834. Desde ese día, la correlación clasista de fuerzas ha ido en constante variación. Ha disminuido la potencia de la categoría social que hizo la Independencia, cada vez que aumenta la concentración humana obrera.

Desde aquel día, los obreros mineros fueron un peligro potencial. La población de La Placilla de Copiapó en cualquier momento podía de nuevo insurreccionarse. Dicho lo mismo en términos conservadores: asaltar, violar la propiedad privada en una asonada criminal. Para evitar esa probabilidad, crearon un fuerte aparato represivo. Un comerciante caracterizado, Juan Melgarejo, autor del ya citado *Reglamento*, en su calidad de Gobernador dio curso legal a una milicia compuesta de jóvenes acomodados de la región, “La Compañía del Comercio”. Se le aprovisionó de armas modernas y periódicamente hacían ejercicios de combate. Fue la precursora de la Guardia Blanca del siglo actual (40).

Los trabajadores no se atemorizaron. A la primera represión miliciana se respondió con una coordinación política propuesta por la oposición pipirola. El 25 de noviembre de 1835, un oficial de artillería, Pablo Pinuel, y tres “cabecillas” obreros fueron remitidos prisioneros a Valparaíso, por conspirar a favor de Ramón Freire.

A pesar de las oportunas precauciones y de “La Compañía del Comercio”, periódicamente los mineros volvían a la acción y a la resistencia. Entonces, los propietarios recurrieron al auxilio permanente del Estado.

(39) C. M. Sayago, *Historia de Copiapó*, Imp. Atacama, Copiapó, 1874, pág. 372.

(40) En 1905 ya actuó en los acontecimientos de la “semana trágica” de Santiago, una Guardia Cívica. En 1931, fue reorganizada por el gobierno de Montero. En la segunda administración Alessandri Palma se la amplió nacionalmente, con armamento de los Arsenales, bajo el nombre de Milicia Republicana.

al margen tanto de la línea Dolléans-oficialista como de la contraria. Me refiero a Domingo Amunátegui y a G. Feliú Cruz. Ambos investigadores, sin pretender ser obreristas, tienen sendos estudios que contrastan con la pobreza intelectual de los “mecánicos”. Ver: Feliú Cruz, *Agustín Ross*; y Amunátegui, *Historia Social de Chile*.

Se estableció un Regimiento de Línea en Copiapó, gratificado por los propietarios. Esto, tampoco detuvo la energía de los proletarios.

En general, las sublevaciones mineras comenzaban cuando no se les pagaban sus salarios. Vicente Pérez Rosales, cuando fue empresario de la mina Esperanza tuvo algunas experiencias directas. En sus *Recuerdos del Pasado* narra que si el día preciso, prometido, tratado, de pago —una vez cada treinta días— no se les cancelaban los jornales “era de temer un asalto capaz de atropellarlo todo” (41). Era natural que así lo fuere: las utilidades de los dueños de Chañarcillo eran fabulosas, pero su tradicional prodigalidad les impedía en gran número de casos tener la suficiente reserva monetaria mensual. Mientras derrochaban los alcances en “remoliendas”, queridas y viajes a París hasta agotar sus fondos; sus obreros tenían una dura vida, lejos de sus familias a las cuales debían enviarles algún dinero para alimentarse.

Cuando por alguna causa, existía el interrogante peligroso: ¿Tendremos dinero el día de pago?, los patrones preparaban su defensa de cualquier modo. He aquí, una muestra típica:

“Los rumores que han circulado en el Departamento, sobre el asalto contra algunas minas de Chañarcillo no han sido una falsa alarma, como habíamos creído al principio, sino un hecho efectivo que no ha llegado a realizarse, merced a la casualidad que hizo descubrir con anticipación las siniestras intenciones de los que debían perpetrarlo.

Los célebres criminales Perines, Flores, y Agüero tan conocidos entre nosotros por una larga serie de crímenes atroces, que han llegado a quedar impunes por haberse fugado sus autores de la cárcel de esta ciudad en las diferentes ocasiones que se les ha tenido presos y se les ha seguido causa, habían formado el plan depravado de seducir

algunos jornaleros con el objeto de atacar principalmente las minas Descubridora y Reventón Colorado para apoderarse del armamento que en ellas tienen sus dueños y provocando en seguida a la rebelión a la peonada, cometer excesos de todo género que habrían sido de las más lamentables consecuencias.

Por fortuna, instruido a tiempo el subdelegado de semejante intentona, tomó las medidas que creyó oportunas para embarazarla y los encabezadores del motín conociéndose descubiertos, suspendieron el golpe que se habían propuesto dar” (42).

En un viaje exprofeso a la provincia de Atacama, revisé el archivo de la Intendencia, los Municipales y los parroquiales. Después de una búsqueda paciente encontré que el subdelegado de marras, envió un fuerte escuadrón del Regimiento Cazadores al mando de Ignacio Prieto. Este oficial impuso la ley marcial, sin previo aviso. Seleccionó a los posibles “cabecillas”. Los puso en el cepo. Finalmente, los remitió a la justicia ordinaria. Interrogados, uno a uno, probaron su inocencia (43).

De año en año, fue creciendo el número de yacimientos en explotación y la demanda de brazos en la proporción respectiva. Como consecuencia aumentó el número de problemas jurídicos y sociales. El químico Rodulfo Amando Philippi dejó un testimonio irrecusable. Narra que en Chañarcillo con una población aproximada de 5.000 almas, habían sido castigados con multas y reclusiones 3.763 individuos, durante un lapso de 39 meses (44). He encontrado un cuadro que detalla el movimiento carcelario en los años 1850, 1851, 1852 y el primer tri-

(42) *El Copiapino*, 4 de mayo de 1847.

(43) El oficial Ignacio Prieto, pocos años más tarde, se haría famoso por utilizar mercenarios argentinos en reprimir la rebelión de la Sociedad de la Igualdad en La Serena y de sus simpatizantes copiapinos. Su falta de escrúpulos cruentos los prueba Vicuña Mackenna con documentos y datos irrefutables en su *Historia de Diez Años de la Administración de don Manuel Montt*, Santiago, Imprenta Chilena, 1862.

(44) R. A. Philippi, *Viaje al Desierto de Atacama*. Halle, 1860, pág. 101.

(41) Pérez Rosales, *Recuerdos del Pasado*. Ed. Zig-Zag, Santiago, 1943, pág. 235.

mestre de 1853. De un total de 2.482 presos se señalan por “delitos” que podemos llamar sociales los siguientes:

Vagancia (según decreto alusivo)	99
Por faltar a sus compromisos (Reglamento Melgarejo)	215
Resistencia a la policía	62
Resistencia a los patrones	49
Por reunión en casas públicas a deshoras	42 (45)

Y lo que sucedió en Chañarillo sucedió en el resto de la provincia y en Coquimbo. La revolución industrial exige metal y más metal. Carrizal, Huasco, Tongoy, Guayaacán, Los Vilos y Papudo recibieron barcos de todo el orbe. La fiebre del cobre y de la plata creó un gran mercado de trabajo. Alguna vez, fuimos los primeros productores de cobre. Auge que, junto con alzar el precio de los metales aumentó el pedido de trabajadores y el precio de su mercancía trabajo. En términos de Economía Política: la tasa de los jornales. En Copiapó —por ejemplo— el salario mensual ascendió en algunos períodos a 12 pesos oro, incluyendo almuerzo, comida, cena y habitación. En Santiago apenas alcanzaba a 50 centavos. Esa diferencia, dio lugar a una constante corriente migratoria hacia el norte. Sin embargo, no en la cantidad suficiente para cubrir las necesidades y demandas de la minería. Cada nueva faena —mina o fundición— ofrecía mejores emolumentos que los vigentes. En la competencia cada patrón hacía una mejor oferta que las anteriores; haciendo subir el precio de la mercancía trabajo o salario. En busca de mejores condiciones, los obreros abandonaban una empresa por otra. Los empresarios recurrieron, entonces, a los “enganches”, como ocurriría décadas más adelante en el salitre. Los capitanes de buques cuando conducían a su bor-

do obreros contratados ganaban una prima especial sobre el pasaje. El viaje de Valparaíso a Caldera (el puerto de Copiapó) les reportaba una utilidad extra de 5 pesos oro por individuo y media onza de oro si venían acompañados de una mujer. Aún así, continuó el éxodo hacia las faenas mejor pagadas y las nuevas. Los recién llegados, apenas podían cancelar la deuda contraída por su transporte a la zona y los “anticipos” correspondientes a su consumo en la “pulpería” abandonaban a su “enganchador” en busca de otros empresarios más convenientes. O simplemente huían, sin recordar sus compromisos. Los primeros, se acogían al sistema económico vigente, al libre juego de la oferta y de la demanda comercial. En este caso específico, de la mercancía fuerza de trabajo. Los segundos, también defendían el precio de su mercancía trabajo, pero sin escrúpulos legales y de honestidad. Sin embargo, la situación liberal del mercado del trabajo fue suspendida. El organismo oficial de los empresarios mineros, “El Gremio Minero”, logró modificar el régimen de libre contratación. Obtuvieron de la autoridad algunos “reglamentos” que hicieron difícil o imposible el libre juego del mercado. Uno de esos “reglamentos” fue dictado por el Gobernador del Huasco, José Rafael Varas. En su artículo 2, dice: “Ningún dueño de faena, mayordomo o habitante del mineral... podrá dar alojamiento alguno sin dar parte al juez...” El número 4, estipula: “Todo peón que quiera bajar a Freirina, Chañaral o cualquier punto será con previo permiso (escrito) de su patrón, quien conociéndolo lo pondrá en noticia del juez... explicando en ella el término (del permiso). Si lo pillan después de pasado dicho término que le ha sido concedido prenderlo y castigarlo de modo que haya determinado el señor gobernador departamental...” (46).

Los “reglamentos” rompieron los moldes acostumbrados en el país desde la Independencia.

(45) Memoria del Intendente José Francisco Gana.

(46) Reproducido por L. J. Morales, *Historia del Huasco*, Valparaíso, Imp. El Mercurio, 1896, pág. 238.

dencia. En general, regía la libertad de residencia garantizada por la Constitución. Suspendida la garantía individual básica, la reacción obrera fue violenta en todos los lugares en que existía una población obrera más o menos considerable. En los minerales mayores la exaltación libertaria puso los ánimos al rojo. En el Establecimiento de la Placilla se expulsó por la fuerza al Juez Roco. En Carrizal, centro minero y fundidor, el funcionario encargado de dar a conocer el "reglamento" de Varas debió huir para salvar su vida. Domingo Faustino Sarmiento, antiguo mayordomo de minas, escribió en 1841: "Con trajes y hábitos especiales, tiene (el minero) un fuerte espíritu de cuerpo que le adhiere tenazmente a sus usos y compañeros, por quien está siempre dispuesto a tomar parte, siendo rarísimo que alguno de ellos sea infiel a las doctrinas de su corporación, vendiendo un robo o denunciando un complot criminal... cada momento está dispuesto a sublevarse contra todo obstáculo, seguro de encontrar solícito y cordial apoyo en sus compañeros" (47).

La rebelión espontánea contra los "reglamentos", el temor a sus consecuencias y el deseo de encontrar faenas más lucrativas produjo un éxodo general. Muchos trabajadores huyeron al sur. Otros, a las faenas aisladas; pero, la mayoría se encontró con los caminos cerrados. Con el auxilio de las fuerzas armadas, los patrones lograron detener la emigración. El gobierno colocó tropas en los puntos claves y declaró Zona de Emergencia a la provincia.

Desde luego, los "reglamentos" no se limitaban a los mineros; eran aplicados a todas las actividades, tanto a las agrícolas como a las del servicio doméstico. En el periódico *El Copiapino* podemos leer el siguiente aviso:

"20 de Gratificación"

Se darán a la persona, que presente a ésta a una muchacha que fugó de sus patrones la noche del sábado a las siete, sus señas son estatura pequeña, señal particular un lunar sobre las cejas, cara redonda, color trigueño, pelo negro y abundante. Es natural del Perú, se llama Peta y al fugar llevaba un vestido de percala a cuadros azules" (48).

Los infractores a los "reglamentos", en el caso de encontrarse en peligro de ser cogidos, azotados, encerrados en la cárcel, para después ser entregados a sus patrones y tener que trabajar un tiempo gratis, recurrían al derecho de asilo, que se otorgaba a los templos. Lo mismo hacían los declarados en rebeldía, se refugiaban en las parroquias. En el Archivo Parroquial de Freirina descubrí una circular específica, donde el Obispo de la Diócesis de La Serena fijó las condiciones de los asilos. Previene a los párrocos de las consecuencias de otorgarlos con demasiada liberalidad (49). Es posible que ese derecho de asilo haya en parte dado origen al anticlericalismo de los potentados mineros de Atacama, en el siglo pasado. También es posible que los asilos fueran una lógica reacción de la iglesia a los puntos de vista radicales de los propietarios mineros.

A través de mi trabajo de rastreo, me fui relacionando con otra fase menos violenta, de la lucha entre los propietarios y sus trabajadores: "la cangalla". Los trabajadores fundados en "que el metal lo da el cerro y que todo lo que forma el territorio es más o menos propiedad común del chileno", ejercían el "derecho del cangallero". En la historia económica de Chile jugó un papel muy importante. Algunas fortunas

(47) D. F. Sarmiento, *Los Mineros*, El Nacional del 14 de abril de 1841, *Obras*, tomo I, Santiago de Chile, Imp. Gutenberg, 1887.

(48) Número 2.768, 1857.

(49) *Circular Número 10*, del 15 de julio de 1848.

familiares proceden de la compra de metal robado. Es famoso el apaleo público que propinó Pedro León Gallo, heredero del propietario principal de Chañarcillo, Miguel Gallo, a un futuro banquero que llegaría con el tiempo a ser el hombre más rico del país. El patriarca atacameño, lo castigó por ser el más descarado comprador de "cangalla". Pero, como la siguiera adquiriendo, no hubo otro medio de impedir la "cangalla" que aplicar "reglamentos" drásticos.

"La cangalla" no es posible analizarla desde el ángulo ético. Debemos, como Vicuña Mackenna, comprenderla. Según ese historiador, responde a un concepto nacionalista de la minería: "el metal lo da el cerro" (50). En verdad, es un problema económico-social. Los mineros abandonaban a sus familias en busca de un jornal que les sirviera a todos de sustento. Entusiasmados con la alta tasa de los salarios ofrecida por los dueños de las faenas, se dirigían a los yacimientos de plata y de cobre. Pero el subido precio de sus alimentos en las "pulperías" transformaban en ilusorias sus esperanzas. En la "pulpería", los empresarios recuperaban gran parte de los salarios. En medio de un suelo seco, ardiente, a veces a gran altura en medio de los Andes, durmiendo sobre cueros sin curtir, alimentados con cereales secos, higos secos, charqui y harina tostada; todo, los inducía a infringir la ley. El sacrificio impuesto por la naturaleza de Atacama y de Coquimbo —desierto y montaña— los inducía a la defensa económica. Para compensar el derroche de energía que exige el trabajo en el socavón, al despanzurrar el cerro, se ingeniaban para efectuar "cangalla". Escondían el metal en el suelo, lo ocultaban en su organismo y recurrían a todo tipo de intermediarios.

Los patrones, naturalmente, defendían su mercancía. Como narró Darwin, en un fragmento ya citado, los desnudaban. No bastando eso, por medio de un "reglamen-

to", establecieron el toque de queda nocturno; y para impedir los intermediarios, otros "reglamentos". Uno, dictado especialmente para Chañarcillo, sirvió a Jotabeche para demostrar su estilo irónico. La cercanía de Copiapó facilitaba "la cangalla". Se prohibió la entrada de las mujeres, sin excepción, al campamento. Las esposas, hijas y amigas fueron declaradas artículo de contrabando. "Hombres barriendo —escribió José Joaquín Vallejo—, hombres lavando, hombres espumando la olla, hombres haciendo la cama, hombres friendo empanadas" (51). Desde luego, el pellón no se arregla; nadie usaba ropa, salvo un saco que cubría hasta la cintura; la comida era seca; y, menos aún, se barría.

La dureza de los "reglamentos" produjo las consiguientes protestas, los sucesivos alzamientos y su continuación disciplinaria. El número de trabajadores caídos en los motines del norte es desconocido. Pese a mis investigaciones prolijas, favorecidas por mis amigos y parientes de influjo en la zona, los mejores archivos —los parroquiales— en gran parte me fueron vedados. Los curas párrocos tienen indicación de su obispo, de clasificar los documentos antiguos; pero, como la mayoría son extranjeros —españoles— son cautelosos en exceso. Además, los archivos municipales, los libros de actas, más o menos asequibles, no tienen datos precisos de nada. En aquellos tiempos —y aún hoy— era difícil que alguien dejara constancia exacta, numérica, de los castigos punitivos (52). Es posible describir en general casi todas las rebeliones proletarias, pero agota-

(51) Jotabeche, *Cosas notables*, *El Semanario*, 8 de septiembre de 1842.

(52) En la llamada "Pascua Trágica" de 1931, hubo el mismo ocultamiento de castigos punitivos en masa. Algunos "irresponsables" efectuaron una venganza sádica en Vallenar. Al día siguiente de una tentativa golpista en Copiapó, los obreros considerados peligrosos de Vallenar fueron sacados de sus casas, fusilados y escondidos sus cadáveres. Ningún abogado del partido político al cual pertenecían las víctimas quiso tomar la defensa. Un valeroso opositor a los métodos del Komintern, Jorge Neut Latour, con riesgo de su vida, se atrevió a ello. Encontró contradicciones entre los declarantes, hasta oponerlos unos a otros. Desenvolvió la madeja de los asesinatos, descubrió su número y ubicó los cadáveres. Ver: Archivo Judicial.

(50) Vicuña Mackenna, *Los Mineros del Norte*, revista *La Lectura*, tomo II, pág. 5, Imp. Cervantes, Santiago de Chile, 1885.

rían al lector más paciente. Cubren un siglo de lucha social, particularmente en Atacama (53). Además, eran propios del espíritu audaz del minero y de la forma violenta que adquiere la fase inicial de la lucha moderna de clases en casi todo el orbe. Desde 1769 hasta 1848 Inglaterra estuvo en un estado permanente de insurrecciones; que terminaban en fusilamientos, leyes draconianas y medidas carcelarias (54). No olvidemos que los "canuts" de Lyon, poco tiempo después de la sangrienta represión de 1831, volvieron a la resistencia activa.

No ha sido fácil desenvolver la fase inicial, primitiva, de la guerra de clases moderna en Atacama, en Chile. La resistencia proletaria en un país atrasado es *sui generis*. Con un desarrollo desigual y combinado en su economía y realidad social, Chile tuvo entre 1811 y 1847 una lucha de clases cercana al bandolerismo. El estado gregario de su agricultura, la prosperidad creciente de una minería modernizándose rápidamente, la existencia de un gobierno mercantil aliado al latifundismo, y todo eso dentro de un mundo y de una época de ascendente intercambio transcontinental dio al país aspectos originales que anticipan el desarrollo que tendría más tarde California. A una injusticia social se contraponía la venganza ácrata. A esta última, el castigo indiscriminado de parte de las fuerzas armadas. El resultado era la aparición del aventurero al margen de la ley, héroe popular para unos, criminal de la peor especie para los propietarios. El cuadro general era semejante al que observarían años más tarde Bret Harte y Mark

Twain en el Far West. A un alzamiento, se continuaba con una jornada punitiva. El primero, no menos vandálico que la segunda. Y de cierta manera, Perines, Flores y Agüero, como sus sucesores "El Chichero" y "El Picoteado" —todos, antiguos obreros al margen del Código— fueron los típicos protagonistas de la resistencia silvestre, primitiva de una clase social aún no madura, en una época de acumulación capitalista. Mientras la autoridad ordenaba coger esos "bandidos" vivos o muertos; el pueblo los asilaba y protegía. Uno de ellos, "El Chichero", ha sido personaje literario. Juan Serapio Lois, el patriarca positivista y radical de Atacama, le hizo un retrato. Mi difunto amigo y gran paisajista de los rincones de Chile, Mariano Latorre, más de una vez me hizo notar que "El Chichero" no era un foragido vulgar, sino un personaje de la historia social. Benjamín Vicuña Mackenna tratando de explicar el valor temerario de los soldados chilenos, en el Perú, recordó su origen minero en muchos casos. Don Benjamín, de familia coquimbana, admiraba a sus conterráneos. Apreciaba por igual, a su propia clase social —los patrones— con revólver martillado, dispuesto a impedir a tiros "la cangalla"; como a los apires y cateadores, de corvo rápido y de arma recortada. En verdad, el uso permanente del arma y del cuchillo por los mineros y los soldados de la Araucanía —otro Far West— es el antecedente del desprecio a la vida de las tropas de la Guerra del Pacífico.

En el resto de Chile, la lucha de clases siguió el curso de la evolución nacional. En las ciudades, continuó el predominio del artesano. El campo, conservó el régimen inquilino y de peonaje. En cambio, el crecimiento mercantil producido por la minería impuso una gran actividad al tráfico terrestre y marítimo. Cada día, se acrecentó la población trabajadora en las obras públicas y en los puertos. Otro tanto sucedió en la zona del golfo de Arauco. La demanda de carbón para las fundiciones de cobre y de plata y para los vapores de carrera, crearon

(53) El último levantamiento obrero en Atacama corresponde a la primera parte de la "Pascua Trágica" de 1931. Comienza como una aventura criminal de los partidarios chilenos de las tácticas suicidas del llamado "Tercer Período" del Komintern. Esos otros "irresponsables", en connivencia con políticos complotistas de la hora, aprovecharon la energía heroica de los mineros atacameños. Los convencieron que llegaba la Revolución Social y asaltaron el Regimiento Esmeralda de Copiapó. Fueron rechazados, pero quedó un saldo de muertos.

(54) Ver: Max Beer, *Historia General del Socialismo y de las Luchas Sociales*, Ed. Ercilla, Santiago, 1935, páginas 354, 356, 362 y 370; y G. D. H. Cole, *Historia del Pensamiento Socialista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957. Trad. Rubén Landa, tomo I, pág. 31.

un proletariado minero de carácter especial. En otro trabajo, *La revolución del 1848 en Chile*, es decir, el 1850-1851, veremos como los obreros del carbón y del transporte jugarán un papel activo en política.

Por ahora, examinemos la resistencia pasiva de los trabajadores del centro del país. La lentitud del desarrollo económico de la zona central, entrega movimientos sociales en su proporción. El más destacado es de 1840. El Director de Obras Públicas José Antonio Alvarez Condarco no encontraba peones para el arreglo de los caminos. Nadie quería contratarse en el camino de Santiago a Valparaíso por menos de 3 reales al día. El Intendente de Santiago, José de la Cavareda, se negó a pagar esa cifra. "Tracaría —dijo— por consecuencia el establecimiento de una costumbre perjudicial a los intereses fiscales; puesto que en adelante no habría hombre que por una suma menor que la expresada, quisiese trabajar por cuenta del Estado" (55). Ordenó efectuar una investigación sumaria. Su resultado fue destituir al mayordomo de las obras. Se le acusó de incitar a la resistencia a los peones (56). La verdad, era que las ofertas y los "enganches" del norte eran la razón objetiva de la falta de interés obrero.

En la temporada siguiente de labores, se prefirió recurrir al trabajo forzado.

Diego Portales había creado unas jaulas rodantes para los condenados a prisión. Vigilados por gendarmes, efectuaban servicios públicos diversos. El Intendente los puso a disposición de la Dirección de Obras Públicas. Enviados a Peñuelas, en el camino de Santiago a Valparaíso, se les obligó a roturar, extraer piedras y aplanar. Pero, el 14 de marzo de 1841, se negaron a continuar sus faenas. Cansados de la falta de alimentos y de los azotes, se sublevaron. De 128 reos, fueron muertos 27, cayeron heridos 8 y sólo lograron huir unos 20.

A la temporada siguiente, los salarios ascendieron a 3 reales.

(55) Archivo Nacional, vol. Intendencia de Santiago, 1838-1840, pág. 313.

(56) Idem, Resolución del 20 de mayo de 1840.

En vista de tantas dificultades existentes en las relaciones entre los trabajadores, sus patronos, y el Estado, tanto en la minería como en las obras públicas, algunos políticos buscaron la manera de resolverlas y regularlas. Reemplazar el régimen punitivo y los "reglamentos" por leyes fijas y coordinadas de acuerdo al viejo sistema gremial, corporativista, del pasado. Se daría término a las arbitrariedades y a los alzamientos periódicos. En 1841, el diputado conservador Pedro A. Palazuelos presentó al Parlamento cuatro proyectos destinados a darle a Chile una fisonomía cristiana, sin rencores y bajo el control de la Iglesia. Dos de ellos, respondían a los problemas más urgentes: la minería y Arauco. Encomendaba los aborígenes a los jesuitas y establecía un *Código del Trabajo*, patrocinando la enseñanza religiosa como medio de evitar la violencia en el norte. Fue la prolongación criolla del romanticismo conservador europeo que añoraba las corporaciones y cofradías vigiladas directamente por el clero en la Edad Media. Trajo a Chile la orientación ideológica puesta en boga por Chateaubriand, Montalambert y Donoso Cortés. Consiste en tratar a los "pobres" con paternalismo persuasivo, atemorizándolos con el castigo "eterno", como a menores de edad a quienes proteger de los malos tratos y de las malas influencias. En el sentido social estricto, su fondo es debilitar la base de la burguesía industrial en beneficio de su capa rival, terrateniente, oponiendo la caridad, el "patriarcalismo", a la explotación asalariada. En nuestro caso, contraponer el "patriarcalismo" de los propietarios territoriales al régimen de explotación intensiva de los obreros en las minas. Esa actitud política puede ser definida como un socialismo feudal moderno. Establece como panacea, la creación de corporaciones gremiales en todas las actividades productivas concentradas, desde luego conducidas por sacerdotes (57). El historiador libe-

(57) La proyección actual del socialismo feudal de aquella época, se denomina socialismo demócrata cristiano. Opone a la lucha de clases, la sensibilidad social y la cooperación.

ral-burgués Diego Barros Arana dijo de Palazuelos: "tenía un cerebro poco seguro" (58). Puedo corregir: Palazuelos era una inteligencia católica que no conocía el transcurrir verdadero de la historia. Las corporaciones eran propias de una época, ya muy antigua, superada. Los maestros de Barros Arana —Michelet, Mignet, Guizot y Thiers— ya habían probado que la violencia social es característica del curso de los pueblos, que no se detiene con prédicas ni retornos al pasado. Que un sistema social en quiebra o en lucha interna sólo es posible reemplazarlo con otro más nuevo. Además, que es imposible retrotraer el pasado histórico a nuevas realidades sociales. La iniciativa de Palazuelos, se conserva en el osario o Archivo del Congreso (59).

EVOLUCIÓN POLÍTICA DEL ARTESANADO DEL CENTRO DEL PAÍS

I

Así como la burguesía y el proletariado norteños constituían una totalidad fundada en la minería, en igual forma, los pobladores del centro del país eran una estructura social definida por las relaciones agrícolas, comerciales y artesanas de la zona. Pero, se le debe agregar el dominio ejercido sobre el resto de la Nación. Todo dentro de la unidad combinada que era Chile; parte, a su vez, de la unidad combinada de todas las naciones del orbe bajo el dominio del sistema capitalista.

En otros términos: la extracción minera dio vida al norte; la agricultura, el comercio y el artesanado, unidos al aporte de la contribución minera, sostenían a Santiago y a Valparaíso. Aunque Atacama y Coquimbo entregaban el grueso de la renta nacional, la capital y el puerto centralizaban el dominio comercial y, por ende, el político.

En Santiago residía —reside— el gobierno. En Valparaíso, las firmas proveedoras de provisiones, las oficinas compradoras de minerales, las instituciones de crédito, las firmas inglesas ligadas a la importación y exportación; en suma, los negocios derivados de toda la actividad nacional. Y su relación con el mundo. Todo eso, dio preponderancia a Santiago y a Valparaíso; concentrando la mayor parte de las capas medias y burocráticas, los empleados administrativos, la mayor fuerza militar y naval, el profesorado y el intelecto. Esa creciente población consumidora dio, a su vez, origen a una también creciente masa de trabajadores que los proveyeran. Ya hemos visto cómo el centralismo fue el medio por el cual la coalición mercantil terrateniente se impuso sobre toda la nación, controlando la máquina del Estado. Pues bien, la concentración humana creada por el centralismo llevó también consigo problemas sociales y políticos internos.

Tres niveles sociales caracterizaron al centro de Chile. Una capa social propietaria, constituida por los negociantes, los terratenientes y los prestamistas. Un poderoso sector de funcionarios, empleados y militares. Y un tercer sector, los trabajadores, compuesto de un numeroso artesanado, un abundante peonaje y el inquilinato agrícola. En consecuencia, las contradicciones políticas de la región respondieron al conjunto humano de los tres niveles. Todo ligado al carácter unitario de un país, en poder del nivel social-económico-político superior del centro.

Sin duda que los afanes políticos de Chile en sus planos mayores del siglo XIX, correspondieron a las diferencias entre las capas propietarias. Sin embargo, en lo profundo la lucha de clases entre las diversas capas propietarias y sus trabajadores jugaron el papel decisivo. Menos conocido que el primer plano —tantas veces descrito por los historiadores liberales y conservadores—, no es por eso de una importancia menor. Olvidado, en verdad, por razones meramente tácticas.

(58) Barros Arana, *Un Decenio de la Historia de Chile*, tomo I, pág. 128.

(59) No confundir a Pedro A. Palazuelos con su hermano radical Juan Agustín Palazuelos.

En las páginas anteriores, vimos como la masa popular se alineó en parte con la burguesía revolucionaria en la Independencia y en parte contra ella. De la misma manera, veremos como el centralismo mercantil-terrateniente tendrá su contrapartida no sólo en la burguesía minera del norte, sino también en el artesanado de la capital y del puerto.

A un extremo, la clase propietaria. En el medio, la categoría fluctuante de los funcionarios, militares y empleados. Y, al otro extremo, la masa, también poco definida. Con sus respectivos partidos políticos, unos y otros: los primeros, los segundos y los terceros.

La masa, el pueblo, "el roto", era o el servidor de los medios acomodados o su proveedor artesano. En el primer caso, dependiente, mediero o asalariado. En el segundo, libre en la misma medida en que era dueño de sus herramientas y estaba organizado. La masa popular estaba compuesta de hombres libres —sin el pongaje y la esclavitud típica del resto de los países latinoamericanos—; iba desde el inquilino y el jornalero agrícola hasta el artesano; desde el cargador hasta el fletero; desde el vendedor callejero hasta el tipógrafo. Los más importantes desde el punto de vista social-político eran los artesanos: albañiles, pintores, carpinteros, ebanistas, herreros, plateros, bronceros, pedreros, cordeleros, zapateros, sombrereros, sastres, talabarteros, etc. Sin olvidar que la vanguardia es el obrero de imprenta. Durante algún tiempo, siguieron el sistema medieval, dentro del estilo heredado de la Colonia, de ingresar a cofradías religiosas por oficio, supervivencias del gremio antiguo, pero en general sus ligazones profesionales fueron débiles y escasas.

Un publicista, probablemente Sarmiento, dejó un vivo cuadro de los trabajadores santiaguinos de 1842. "Hay mil pequeñas industrias que proporcionan a los que la ejercitan en ellas, medios de subsistencia cómodos. Obras de ferretería, talabartería, zapatería, etc., satisfacen las necesidades de la ca-

pital y proveen de artefactos a las provincias. Lo primero que se observa es que la industria es todavía fraccionaria, individual. El capital no se asocia para ejercerlo en grande. No habiendo grandes establecimientos industriales no puede darse ocupación a toda una muchedumbre de brazos" (60). Más adelante señala, que "hay dos mil hombres cuya industria es hacer zapatos; pero no hay diez fábricas de zapatos cada una de las cuales entretenga a 200 operarios" (61).

El artesanado criollo nace con la ciudad colonial, crece con el país y llega a su auge en los años de las guerras de la Independencia, con la demanda militar. Pero, en los años que estudiamos comenzó a sufrir la irresistible competencia europea y norteamericana. La mejor calidad —artesanía— y los bajos costos —productos de la revolución industrial— de los artículos importados llenaron el mercado. Con rapidez nació un problema insolucionable para el artesano chileno: la desocupación. El llamado "ejército de reserva industrial" es inherente a toda sociedad moderna. Existía en Inglaterra —la nación más productiva e industrial de la época— como un mal endémico, ya desde el siglo XVI. Con mucha mayor razón, en Chile. En este país, como en Gran Bretaña, los desocupados sólo tenían una esperanza: la emigración. Los ingleses fueron empujados hacia las colonias y los Estados Unidos. Los "rotos" —señala el mismo publicista citado— salieron en busca de trabajo a los países vecinos. "Hay que dar empleo y contener la emigración a los países inmediatos. Se nos ha asegurado que en el Perú hay más de diez mil chilenos y que en Mendoza el cónsul de Chile dio papeletas a más de 1.300" (62). Este problema se arrastró durante todo el siglo. pasado y sigue aún (63).

(60) *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de diciembre de 1842.

(61) Debe entenderse que nuestro publicista citado llama industria al oficio manual. La clarificación sociológica de industria, oficio, etc., es posterior.

(62) *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de diciembre de 1842.

(63) La emigración, disminuyendo la oferta de trabajadores tendía a subir la tasa de los jornales, con grandes protestas de los terratenientes. Las polémicas frente al pro-

Dentro de todas esas condiciones —atraso general, lucha entre las capas dominantes, escasez de trabajo y emigración— se dio curso a una notable actividad política en el artesanado. En estricta relación con las formas particulares del país, los artesanos tuvieron importancia militante. Así como la minería y la fundición —la etapa más evolucionada de Chile— pesó en política menos que la coalición mercantil terrateniente, de menor desenvolvimiento capitalista; de igual manera el proletariado minero y metalúrgico del norte tuvo menos fuerza política que el artesanado del centro de Chile. Compensaban su menor audacia y energía con el número y la concentración ciudadana. La cantidad les dio importancia partidista. En múltiples oportunidades fueron el factor decisivo tanto de la estabilidad como de la caída de un régimen administrativo, es decir, de los partidos gobernantes. Mientras la forma cruda, espontánea, de la resistencia proletaria bordeaba en el bandolerismo; la actividad política de los artesanos estuvo conectada directamente a los conflictos políticos centrales. Los trabajadores artesanos de la capital y del puerto estuvieron ligados con las conspiraciones pipiolas, portaleanas, igualitarias, radicales y balma-cedistas.

Además de su fuerza numérica —el grueso de la población de la capital y del puerto— algunos artesanos poseían dos armas cívicamente poderosas. El derecho a voto, pues de acuerdo al régimen censal de la época podían hacerlo los alfabetos con una renta mínima fijada previamente. Y, otra de tipo físico: los soldados y suboficiales de la Guardia Cívica eran todos trabajadores. Con su apoyo o negativa transformaban en triunfo

o en derrota toda conspiración militar o civil. Alberto Edwards, el último pelucón —como se autodenominaba— escribió: “Las turbas representan allá (el resto de Sudamérica, M. S.), como entre nosotros durante el dominio del pipiolaje, el papel de los coros en las antiguas tragedias: aplauden, insultan, alzan y derriban reputaciones” (64). “El gobierno no era de nadie y mucho menos del pueblo. Perteneían al primer audaz que quisiera cogerlo de sorpresa; hoy un charlatán que levantaba una poblada, mañana un coronel al mando de un regimiento, después un ambicioso que derramaba onzas de oro entre los agitadores de profesión y así sucesivamente” (65). Un testigo extranjero, anónimo, comentando el mismo período, llamado por unos, liberal; y por otros, “la anarquía” llegó a escribir: “Temíamos a los derrotados, a los vencedores y a la plebe que cruzaba las calles” (66). Edwards, agregó a ese testimonio: “Imposible es enumerar siquiera los elementos de desorden que desquiciaban la sociedad en aquella época aciaga: las onzas de oro, los tribunos charlatanescos, ídolos de una plebe estúpida...” (67).

Ya hemos recordado que Portales y sus amigos —la Logia Filantropía— protegieron la “Asociación de Artesanos” de Victorino Laynez, para comprometerlos en su complot. Más tarde, dueños del poder, los portaleanos —Egaña, Bello, Blanco Encalada, los Rengifo, Manuel y Ramón, y Victorino Garrido— establecieron en la letra de la Constitución del 1833 la libertad de asociación; sin embargo, en el hecho era imposible ejercerla. Laynez, por organizar a los tipógrafos, fue desterrado a Talca. Su “Sociedad Tipográfica” suprimida y confiscados sus haberes. Naturalmente, tanto el dirigente como los dirigidos, se colocaron en la oposición. Muerto Portales, derrotado el monopolio comercial de El Callao —guerra con-

blema fueron constantes. La más brillante, sucedió entre 1868 y 1871. Tercieron las plumas más agudas. Por un lado, Zorobabel Rodríguez, defendió la posición de los terratenientes atacando a los liberales de *El Ferrocarril*. Ver su *Miscelánea Literaria, Política y Religiosa*, parte política, tomo I, págs. 181 y sigts., en particular la 206; Santiago, Imp. El Independiente, 1876. Por otro lado, Justo Arteaga Alemparte. *Diógenes y Otros Escritos*, ed. citada, págs. 295 y sigts., lo ataca en el artículo *La Nación Presidio*.

(64) *Pacífico Magazine*, *Motines militares*, junio de 1919, número 78, pág. 571.

(65) *Idem.*, pág. 565.

(66) *Idem.*, pág. 568.

(67) *Idem.*, pág. 567.

tra la Confederación Perú-Boliviana—, el descubrimiento de Chañarcillo y la nueva explotación de El Tamaya —mineral de cobre— dieron al país una gran prosperidad económica y, en consecuencia, la estabilidad política. Entonces, se aflojaron los métodos compulsivos, renació la lucha pública de los partidos y se dio paso a una gran inmigración de ideas progresistas. El gobierno sostenido con solidez por el auge minero, dio curso a una semilibertad que permitía la polémica periodística y la sociedad mutual artesana. Los trabajadores comenzaron a ingresar libremente a los diversos grupos liberales y aun, más adelante, a fines de la década del 1850, algunos fueron iniciados en las logias masónicas, organizadas en forma regular después de un período más o menos largo de receso (68). En esos años, era de buen tono ser liberal o, por lo menos, regalista. Ministeriales y opositores se decían liberales. Si eran oficialistas se apellidaban nacional-liberales. Si eran opositores, liberales a secas. Dos argentinos ilustres. Alberdi y Sarmiento, enemigos entre sí, pusieron en boga el término socialismo. Estaba de moda Figaro —Mariano José de Larra— y su estilo irónico, descriptivo, desprejuiciado y evocador hizo escuela. Alberdi se acogió al seudónimo "Figarillo". José Joaquín Vallejo, buscó uno más afónico: Jotabeche. Los tres, Figaro, Figarillo y Jotabeche, fueron admiradores del obrero.

Los artesanos más cultivados —por ejemplo Fermín Vivaceta— lograron relacionarse con los monttinos más esclarecidos. Aun Bello y Sarmiento fueron amigos de Vivaceta, lo mismo que Victorino Lastarria anti-autoritario conocido, pero transador olvidada

do. Sin embargo, la mayoría de los artesanos prefirió el contacto con los opositores intransigentes. Poco a poco, fueron el apoyo multitudinario de los sectores más avanzados. En la barra del parlamento y en las manifestaciones callejeras sostuvieron a los oradores liberales avanzados. Estos, de acuerdo a sus puntos de vista extremistas, llegaron a autodefinirse rojos, socialistas a veces.

II

UN PARÉNTESIS ROMÁNTICO SOCIAL:

El Movimiento Literario de 1842

Hasta ahora, son considerados los orígenes motrices del Movimiento Literario de 1842 un haz de elementos intelectuales, unidos a dos factores generales, uno económico y uno político. Los elementos intelectuales principales serían: las enseñanzas de Mora y de Bello, la libertad de prensa, la inmigración argentina de alto mérito creador —Sarmiento, Alberdi, López, Gutiérrez y Mitre— y la difusión mundial del romanticismo. Se les agregan como fundamentos, el auge económico nacional y la estabilidad constitucional. Sin duda alguna, todos esos elementos —los intelectuales y los económicos-políticos— son importantes. El desarrollo material, la prosperidad, de los decenios de Prieto y Bulnes tuvo su proyección literaria de mérito. El auge chileno, la tranquilidad política, dieron un movimiento innovador en el pensamiento, por algunos hiperbólicos denominado la *Generación de 1842*.

Pero, he aquí lo importante, se deben añadir otros factores más. Tan considerables y valiosos como aquéllos. Y quizás más hondos. Son el *Socialismo Utópico Romántico* y la *Actividad Militante de las Masas*. El primero, entrega un contenido ideológico nuevo. La segunda: la masa, el medio social y el clima humano a los cuales estuvo dirigida gran parte de la actividad literaria y política.

Así como se recuerda que ser liberal en política era ser romántico en literatura; no olvidemos que dentro del romanticismo

(68) La historia del influjo masónico en Chile no ha tenido un estudio serio. Es desconocida su relación con la clase obrera durante el siglo XIX. En un trabajo que preparo, se abre una nueva ruta investigativa, en diversas direcciones. Parte del mutualismo obedece a iniciativa de las logias. Lo mismo se puede decir, de las escuelas nocturnas para obreros. Esto sucedió, particularmente, en la segunda mitad de la centuria pasada. En el presente siglo, el problema es más complejo: los organismos obreros de resistencia tienen muy diferente origen y carácter. Lo último está relacionado con la propia evolución de la sociedad y, desde luego, de la masonería.

hubo una corriente poderosa: la social. Formada por múltiples variantes fue, sin embargo, un todo específico; con comunes afanes: levantar de la postración al "pueblo", restarle su miseria, y dar muerte ideológica al dogma individualista propio del mercader. Hubo diversas tendencias, simbolizadas en gran número de hombres ilustres. Desde una actitud industrialista saint-simoniana hasta una tendencia revolucionaria; desde un socialismo idílico hasta un partidismo igualitario intransigente; desde un reformismo cristiano hasta un socialismo conspirador y ateo. Envolvió a Leroux, a George Sand, a Heinrich Heine, a Felipe Buonarrotti, a Proudhon, a Blanqui, a Courbet, a Lamennais y tantos otros, es decir, a lo más puro de Europa. Todas las tendencias tuvieron en Chile su admirador y propagandista. A veces, por medio de los argentinos y en las más de las ocasiones, sin ellos. La influencia del socialismo romántico en Chile es desconocida. Heine ha tenido un investigador enamorado de sus herederos criollos, pero sólo en la poesía (69). Los representantes del romanticismo social en el país fueron criollos y europeos; uniéndolos a todos el fervor ardiente de los precursores. Fue una onda renovadora que partiendo del Viejo Continente respondió también a la inquietud espiritual y a las necesidades sociales de algunos países americanos (70). Su primer adalid latinoamericano fue don Simón Rodríguez. Empezó batallas ideológicas en la mayoría de las naciones del continente austral. Recorrió desde Valparaíso a Concepción. Estuvo en Bolivia, Perú y Venezuela. Sin embargo, en Chile lo precedió Ambrosio Lozier, un francés. No obstante la definición teórica latinoamericana inicial es algo posterior. Su origen es ignorado.

En 1825, el periódico parisién *Le Globe* de Pierre Leroux hizo de un artículo de Théodore Jouffroy, *Comment Les Dogmes Finissent*, el manifiesto del socialismo romántico (71). Un joven poeta argentino, Esteban Echeverría, se empapó de su espíritu. Apenas arribó a Buenos Aires, comenzó a darle su expresión latinoamericana: *El Dogma Socialista*. Más aún: refugiado en Montevideo, por razones políticas, creó la Asociación de Mayo y después La Joven Argentina. Fue el maestro venerado de Alberdi, de Mitre, de López, de Gutiérrez y, pese a sí mismo, de Sarmiento.

Ese primer diseño programático bien delineado lo recuerdo pues entronca a los inmigrantes argentinos de la época, en Chile, con el pensamiento francés. El rioplatense Esteban Echeverría con una amplitud que involucró creación literaria, orientación política y forja de un partido de nuevo estilo —el poema *La Cautiva*, *El Dogma Socialista* y la Joven Argentina— fue el romántico social completo (72). Su influjo tuvo expresión específica chilena años más tarde. Sólo en 1842, Lastarria expuso ideas semejantes, pero limitadas a la literatura por su visión de liberal típico; pues era enemigo declarado del socialismo. Lúcido por antonomasia, en su *Discurso de Incorporación a la Sociedad Literaria*, supo sin embargo, exponer el espíritu innovador de su tiempo y parafrasear a Echeverría. La actitud romántica socialista la describe así: "Esta es la época de las revoluciones y de las reformas. La literatura debe pues dirigirse a todo un pueblo, representarlo todo entero..." (73).

Así como es conocido que el Movimiento Literario de 1842 entregó un Larra criollo, Jotabeche, crítico mordaz de la vida de los trabajadores de las minas, y un Balzac san-

(69) José Zamudio, *Heinrich Heine en la Literatura Chilena*, Ed. Andrés Bello, Santiago, 1959.

(70) La mejor visión de conjunto del romanticismo social en Europa es *Le Romanticisme Social* de Roger Picard; Ed. Brentano's, N. York, 1944, o su versión española de Rosa Chacel, F. de C. E., México, 1947.

(71) Recientemente reimpresso en la revista *Le Contrat Social*, septiembre, 1960, París. Hay una pésima versión castellana. revista *Examen*, N.º 19, marzo de 1961, México.

(72) Ver: Ernesto Morales, *Esteban Echeverría*, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1950.

(73) J. V. Lastarria, *Recuerdos Literarios*, segunda edición, L. Servat, Santiago, 1885, pág. 114.

tiaguino, Blest Gana, retratista de nuestros banqueros, terratenientes, políticos oportunistas, igualitarios, radicales, estudiantes conspiradores, etc., también debe ser difundido que hubo socialistas románticos. Junto a fieles secuaces del Juan Jacobo Rousseau amigo de la libertad entre los bosques y los arroyos solitarios, como Ambrosio Lozier, caminaron por la vía de la ilusión entusiastas admiradores de Fourier, de Saint Simon y de Augusto Blanqui. Prodigaron sus esfuerzos en pro de toda la humanidad, en especial la chilena, creadores de falansterios, de sociedades populares de ayuda mutua y de partidos conspiradores.

El socialismo utópico chileno en su rasgo rousseauniano comienza diluido entre brumas medievales y catolicismo con Juan Egaña. Adquiere cordialidad y simpatía humana en la aventura de Ambrosio Lozier. Decepcionado de la sordidez de los comerciantes portaleanos, de su falta de vuelo espiritual, que le impidieron realizar su experimento pedagógico pestalozziano en el Instituto Nacional, huyó a las selvas de la Araucanía. Se unió a una aborígen, cultivó la tierra y crió ganado.

Tiempo después, su amigo el "fabricante de velas", antiguo maestro de Bolívar, el no menos fantástico don Simón Rodríguez, publicaba en Concepción sus *Sociedades Americanas*. Inconfeso sectario de Charles Fourier, como él, fue autor de planes detalladísimos de comunidades perfectas y de escuelas del trabajo, con la respectiva jerarquía de lugares.

Parece que las zonas cercanas al Biobío constituían el sueño perfecto de una naturaleza virgen para un socialista utópico; pues allí encontramos un tercer idealista constructor planeando colectividades perfectas. Antonio Picarte, vástago de un militar patriota y pipiolo, viajó a París, fue aplaudido en la Academia por una tesis matemática, augurándosele un gran futuro. Pero, se impregnó del perfume fourierista de la juventud del *Quartier Latin*, abandonó los logaritmos que le habían dado más de un triunfo y re-

tornó a la patria. Escribió folletos. Reunió discípulos. Compró los terrenos adecuados y preparó un hermoso Falansterio. Por desgracia, tuvo la misma mala suerte que los demás discípulos de Fourier. Sus ilusiones fueron destruidas por el avance implacable de la conciencia burguesa de propiedad. Todos sus admiradores quisieron para su uso privado la tierra colectiva. Volvió a Francia y su huella ha desaparecido con el tiempo.

Sin embargo, el fourierismo chileno no es una exclusividad sureña. Un burgués santiaguino, muy activo y progresista, Domingo Eyzaguirre, fundador de la Sociedad Nacional de Agricultura, no sólo se exhibía orgulloso vestido con un traje de tela burda de su fábrica, sino, además, instaló un Falansterio a las orillas del Maipo. Había leído en *El Mercurio* de Valparaíso, una divulgación fourierista y su alegría no tuvo límites cuando pudo efectuar "la división agraria", la "reforma agraria", en una hacienda expropiada. Era el camino a la felicidad plena de muchos "pobres".

Otro burgués progresista, Pedro Félix Vicuña, también un día se iluminó con una lectura francesa. Escondido en una hacienda —era conspirador pipiolo constante— leyó al conde de Saint Simon. *El Nuevo Cristianismo* le abrió los ojos. A su manera de escritor múltiple —era padre de don Benjamín Vicuña Mackenna— continuó el afán industrialista del gran utópico francés. Encontró la "relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia". Había descubierto la fórmula perfecta para enriquecer a los mineros, a los obreros, a los industriales (—el mismo era minero coquimbano—), o mejor todavía, a toda la Humanidad. Por medio de algo muy sencillo, el Banco Industrial Minero de Préstamos sin Intereses, estaba salvado "El Porvenir del Hombre". La ruta del futuro encerrada en 268 páginas tamaño octavo (74).

En 1836, un viajero debió quedarse en Chile. Otro admirador de la pureza y entusias-

(74) Pedro Félix Vicuña, *El Porvenir del Hombre*, Imprenta del Comercio, Valparaíso, 1858.

mo juveniles: Pascual Cuevas (75). Educado en Lima y en Santiago, tenía amigos maduros y juveniles en ambas capitales, prefiriendo a los últimos. Con los primeros conspiraba; con los segundos hacía labor doctrinaria. Proscrito de su patria, el Perú, reemprendió aquí sin desfallecer las mismas actividades. Era poeta, lector de los autores imbuidos de las ilusiones democráticas de Rousseau, soñaba con la Revolución Igualitaria y el culto al "Ser Supremo". Cuando conoció a Lamennais, su alma de apóstol llegó a lo sublime. Había encontrado la luz, el socialismo cristiano. Con sus dos cualidades —conspirador neto y maestro fervoroso— se comprometió en la política chilena y divulgó entre los alumnos del Instituto Nacional *El Libro del Pueblo* de Lamennais (76).

En París, el romanticismo social está iluminado por figuras de gran aureola. Tienen su precursor en Rousseau. El constructor en Saint Simon. Sus utopías en Fourier, Considérant, Cabet, Proudhon. Sus poetas, en Lamartine, Hugo y en el alemán más lírico conocido, el judío Heinrich Heine. En Chile, país nuevo, sólo podía haber la imitación. Bilbao hizo el Lamennais y Eusebio Lillo el Lamartine. Años más tarde, llegaría Santiago Arcos y completando el triángulo sería nuestro Augusto Blanqui, el gran antecedente francés del socialismo revolucionario (77).

De la misma manera como el punto culminante del movimiento literario romántico en el mundo fue la batalla emprendida por

Víctor Hugo; su imagen criolla, pálida, fue la violenta polémica de 1842. Los neoclásicos y los románticos dividieron en dos partes la historia de la literatura. E igualmente, así como el instante más vital del romanticismo sería la Revolución de 1848 en Europa, su repercusión chilena sería la Revolución de 1851. El primer aspecto —exclusivamente en las letras— fue propio de una *élite* de escritores. El segundo, el político, sería la primera explosión orgánica, en forma, de la masa.

Sin embargo, antes de que se produzca el acontecimiento culminante y máximo de una época y de un movimiento cultural, es necesaria su lenta gestación. Así como es inexplicable el ardor vibrante de una musa como George Sand sin la tensión creada por un clima pasional ardiente, también es incomprensible el gran acontecimiento revolucionario sin un proceso formativo. "Los árboles de la libertad" plantados por Lamartine en París, por Freiligrath y Herweg en la Rhenania, y por otros poetas en Viena, Dublín y Venecia en 1848 —e imitados en Santiago y en La Serena— son inexplicables sin el apasionamiento previo que reúna al pueblo, a los estudiantes y a los poetas. La masa popular sólo se congrega alrededor de los intelectuales e ideólogos cuando siente vibrar sus fibras más íntimas. La Revolución de 1848 en Europa fue preparada por el desarrollo anterior de los problemas sociales, por la prédica de los clubs políticos y por el romanticismo socialista. Las jornadas de La Sociedad de la Igualdad —la Rebelión de San Felipe, el 20 de abril en Santiago y la Insurrección de La Serena— fueron forjándose a través de una década. La llamada "campana del General Cruz" es el resultado de muchos factores que fueron creciendo con el tiempo.

Hasta ahora, la Sociedad de La Igualdad y sus insurrecciones aparecen a los ojos de los historiadores como un rayo en un cielo azul y despejado. Un milagro. Una sorpresa. No fue así. La unidad militante de la acción popular socialista romántica que fue

(75) Ver: P. P. Figueroa, *Diccionario Biográfico de Extranjeros en Chile*, Santiago, Imp. Moderna, 1900.

(76) El ejemplo clásico se encuentra en F. Bilbao, *Obras Completas*, tomo I, pág. 123.

(77) El análisis detallado del socialismo utópico nacional, de sus hombres y de sus ideas lo emprendo en otro trabajo, *Pensamiento, Utopía y Sociedad*. En él, descubro con amplitud sus caracteres originales y sus personajes desconocidos. Aquí, sólo he anticipado algunos.

Lo mismo sucede con el transcurrir de la filosofía en Chile. Hasta ahora, sólo existen esbozos de noticias. Es más valioso y denso de lo que se supone. Tiene incluso relación directa con la política. No he colocado ninguna referencia al respecto, para limitar el trabajo a las relaciones entre el romanticismo y la sociedad.

la Sociedad de la Igualdad de Santiago Arcos y de Francisco Bilbao tuvo sus antecedentes romántico socialistas con años de anterioridad. Su culminación en 1851, es el fin de un proceso largo. En el capítulo siguiente, veremos cómo los trabajadores de la capital fueron recibiendo el socialismo utópico a través de luchas políticas.

El gran antecedente intelectual es la "Polémica de 1842", el "Movimiento de 1842", la "Generación de 1842", es decir, los tres ángulos por los cuales se examina el florecimiento intelectual de una época. Fueron la exteriorización letrada de las divergencias intelectuales y de la evolución nacional, ligadas al mundo de esos años. Es verdad que la principal polémica fue encendida por un artículo cualquiera de un emigrado argentino, Vicente Fidel López. Pero, era apenas un eslabón de una cadena que iba aumentando hasta ser visible a distancia. Cuando López recibió el ataque, Sarmiento supo al instante que no estaban dirigidas a su amigo. Estaban orientadas hacia él, en calidad de portavoz de Manuel Montt (78).

Su conexión con el gobierno tiene una historia anterior. Montt, escaso de buenos polemistas, obtuvo el auxilio de algunos argentinos. Los liberales desplazados del poder, en cambio, tenían al brillante polemista y conspirador Pedro Godoy y al "Diablo Político", Juan Nicolás Álvarez. Discípulos de Jean Paul Courier, como el maestro, eran diestros flecheros y panfletistas (80).

La posición de la inmigración argentina—como toda inmigración política— fue evolucionando con el tiempo. En los primeros años, sus cabezas intelectuales desde Sarmiento a Mitre, Juan María Gutiérrez, Miguel Cané, Vicente Fidel López y Alberdi pertenecieron a la iglesia saintsimoniana creada por el apóstol Echeverría. En la me-

da que iban surgiendo en Chile sufrieron el destino de todo el saintsimonismo: se fueron dividiendo en diversas tendencias, cada vez más conservadoras. El mejor colocado en las esferas gubernativas, Sarmiento, fue el primero en abandonar el idealismo de juventud. Se hizo más unitario que discípulo de Echeverría y el unitarismo en Chile era con toda precisión representado por el autoritarismo de Manuel Montt. Sin duda que antes de 1840, como él mismo lo dijo, "Si a alguna escuela pertenecía es a la socialista, que no escribe para escribir como la romántica, ni para imitar maquinalmente como la clásica, sino para servir los intereses de la Sociedad" (81). Pero, al ingresar a la política chilena su actitud se hizo cada vez más práctica. Vicente Fidel López, conservó su saintsimonismo mayor tiempo. Aún en 1844 se expresaba en los términos citados de Sarmiento. Bartolomé Mitre conservó su integridad ideológica hasta 1851. Fue consejero de Arcos y de Bilbao en los años de la Sociedad de la Igualdad. "Mezclado a una revolución de ese país (Chile) —escribió Alberdi— fue puesto preso en un pontón y de allí desterrado al Plata" (82).

En el fondo, los emigrantes unitarios más que socialistas eran partidarios de un sistema de gobierno centralista, controlado por la fracción más progresista de la burguesía, es decir, ellos mismos. Tuvieron la misma posición de una parte de los saintsimonianos franceses. De jóvenes fueron rebeldes, maduros construyeron el canal de Suez y colonizaron Argelia; terminando banqueros o malos comerciantes arruinados como Pereira y Lesseps, respectivamente. La inmigración política argentina, en verdad, cooperó a la difusión del socialismo romántico; pero, como "unitaria" se torna la más decidida partidaria del régimen de Montt. La defensa del régimen mercantil monttino, creado por los portalecanos, adquirió en la pluma vigorosa de Sarmiento el más puro es-

(78) Sarmiento en 1841 fue el redactor jefe de *El Nacional*. Después, Director de la Escuela Normal, etc.

(80) J. P. Courier hizo impacto en la fama con su *Pamphlet des Pamphlets*. De sus artículos políticos, existe una traducción acertada en las Ed. *Revista de Occidente*, Madrid. Su más fino discípulo español fue *Figaro*. Y, en Argentina, *Figarillo* (Alberdi).

(81) D. F. Sarmiento, reproducido en *Polémica Literaria*, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1955, pág. 10.

(82) J. B. Alberdi, *Escritos Póstumos*, tomo X, pág. 241.

tilo orleanista. Lo encontramos aún en sus artículos sobre *La Crítica Teatral*. "La crítica de las costumbres tiene una alta misión: depurar el lenguaje, corregir los abusos, perseguir los vicios, difundir las buenas ideas, atacar las preocupaciones que les cierran el paso, y *destruyendo todos los escombros* que el pasado nos ha dejado, preparar el porvenir. Chile se ha dado *instituciones; su esqueleto gubernativo está formado, hay tranquilidad*... El ojo de la prensa debe ver todos los abusos, indicar todos los escollos; y no siendo menores los que nacen de las costumbres, de la apatía o de las preocupaciones, debe encaminarse a *desacreditar estos enemigos de todo progreso*" (83).

La oposición a Montt no sólo era pipiola. No toda complotista simple. Había dos más. La intransigencia católica, contraria al regalismo. Y una fina, sutil, la romántico social o socialismo utópico romántico, de partida, de principio, antimercantil. En parte está representada por algunos profesores del Instituto Nacional y de la recién creada Universidad de Chile. De acuerdo al carácter del medio santiaguino y del Instituto Nacional mantenía el fuego sagrado más o menos envuelto en las sombras de su propio humo. Todo en un tono menor, académico, muy propio de las polémicas que esquivan toda provocación que sirva a terceros. Tras discusiones sobre teatro, gramática, latín, clásicos y románticos, amén de los temas en sí mismos, perfilaban posiciones hondas, soslayadas pero muy diferentes a las pipiolas. Los partidarios del romanticismo social utópico no simpatizaban en forma alguna con el autoritarismo centralista; preferían el sistema federal, pero sin ser partidarios de los métodos golpistas de los viejos cuadros pipiolas. Y, desde luego, tampoco del catolicismo in-

transigente. Actitud política muy parecida a la oposición romántico social de los hombres y mujeres que rodeaban al socialista Leroux de la *Revue Le Globe*, en París.

Cuando las réplicas y contrarréplicas, de las polémicas periodísticas de 1842, aclarando el panorama, polarizaron posiciones, Sarmiento se colocó de frente a los románticos socialistas. Una inofensiva discusión académica puede servir de clave, para tocar fondo. Cuando Sarmiento entró en combate con Pedro Fernández Garfias y con don Andrés Bello sobre asuntos de lenguaje, apenas podemos decir de gramática, su ataque no iba dirigido a ellos. Y, en verdad, jamás nombró a su verdadero rival. Pero, el 23 de junio de 1842 escribió: "Es el gallo francés el más culto del mundo, y tan humano que ya no le gusta de pelear, contentándose solamente con cacarear y cantar" (84). Muchos años más adelante, en 1881, en sus *Reminiscencias de la Vida Literaria* volvió al tema. "Suministra muchas frases a la lengua: oír cantar al gallo y no saber dónde, otro gallo cantará. Gallos de mala ralea, es de posterior advenimiento.

"El gallo es francés, de donde gollus, gallo, gálico, galicismo, por el hablar afrancesado; las armas de la república lo tuvieron por emblema, y su *vigilancia es el símbolo de la policía*."

"Pero hay gallos de gallos. El gallo que vino a América, decía el cuento, llamado gallo castellano, viste de jerga gris, como padre franciscano" (85). En una nota al pie, agregó, atribuyéndosela al editor: "Había entonces efectivamente en Santiago, un maestro de latín así mal llamado..." (86).

El historiador tampoco ha nombrado al amigo de Pedro Fernández Garfias y protegido por el Rector Bello, que mereció la

(83) Reproducido en *Polémica Literaria*, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1955, páginas 35 y siguientes, proviene de *El Mercurio*, Valparaíso, 8 de noviembre de 1842. Los subrayados son nuestros (M. S.). Obviamente destacan ataques implícitos al período pipiolo. Los términos progreso, tranquilidad, instituciones, etc., caracterizan los principios sobre los cuales descansó la propaganda del gobierno de Montt. Por lo demás, responden a las características del régimen de Montt. muy semejante al orleanista.

(84) *El Mercurio* de Valparaíso: Reproducido en *El Movimiento Literario de 1842*, Selección y notas de Julio Durán Cerda, vol. I, Ed. Universitaria, Santiago, 1957, página 295.

(85) *Nueva Revista de Buenos Aires*, 1811, reproducido en *Polémica Literaria*, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1955, pág. 147. El subrayado en nuestro (M.S.). Más adelante, veremos por qué "su vigilancia es el símbolo de la policía".

(86) *Idem.*, Ed. citada, pág. 147.

fuerza verbal del autor de *El Facundo*. Es un francés que "viste con elegancia; prefiere los colores oscuros, lleva la barba rasurada, la cabeza al uso persa" y se llama Antonio Vendel-Heyl (87).

Una vez arribó a Chile un grupo de estudiantes franceses que, recorriendo el mundo, venía a cargo de un excelente latinista, Antonio Vendel-Heyl. Cuando reemprendieron viaje, un temporal hizo naufragar el buque. Así Vendel-Heyl pudo conocer muchos criollos. Conversó con Simón Rodríguez, con Ambrosio Lozier y con Andrés Bello. Tanto platicaron sobre la posibilidad de construir el socialismo en Chile, pues la naturaleza, la tranquilidad y la riqueza del terreno lo permitían, que no quiso volver a Europa. Protegido por la imperceptible sonrisa voltaireana de antiguo "lautarino" del Rector, ingresó a la Universidad. Fue uno de los organizadores de la Facultad de Filosofía y Educación, es decir, el único humanista auténtico de ella. Alguna vez fue propuesto como Decano Interino. El gobierno no le otorgó el cargo (87 b). Despreciaba el régimen mercantil de Luis Felipe de Orleans, a su banquero Laffitte y a su historiador Guizot: todos, eran *bourgeois*. Por eso, se había quedado en Chile; pero, aquí tenían sus paralelos. Sin embargo, no estaba arrepentido. En la joven República de estrella solitaria todo estaba por hacer. Era posible crear una generación desinteresada. Una juventud que tanto se entusiasmara con los sueños sociales de Saint Simon, de Fourier y de Leroux como aprendiera las cláusulas ciceronianas. Más todavía: que los llevaran a la realidad en la acción y en la literatura.

La maravillosa substancia de escritor na-

(87) Ver la frase entre comillas en Sarmiento, *Los Gallos Literatos*; reproducido en *El Movimiento Literario de 1842*, Ed. citada de Julio Durán Cerda, pág. 295.

En el vol. I, de las *Memorias de Egresados de la Facultad de Filosofía y Educación*, Inst. Pedagógico, de la U. de Chile, Santiago, 1957, figura una fotografía de Antonio Vendel-Heyl, en la lámina IX.

(87 b) Sesiones del 30 de abril y del 28 de julio de 1851, *Primer Libro de Actas de la Facultad de Filosofía y Educación*, Universidad de Chile, 1957, págs. 167 y 168, respectivamente.

to de Sarmiento le permitía reunir temas muy diversos y atacarlos todos con igual brillo, sin abandonar jamás su calidad de adalid gubernativo. No sin razón Unamuno, crítico implacable, lo proclamó el gran escritor americano de una época. Sus ataques al representante francés del socialismo romántico en Chile, produjeron más de algún problema. Pero Vendel-Heyl seguro de su misión espiritual —crear una juventud— era indiferente al insulto indirecto, a la conspiración del silencio y al saqueo constante de sus ideas e iniciativas. Sólo Diego Barros Arana, alguna vez, le rindió el elogio. Por lo demás, es una vieja técnica aún en lamentable uso.

No sólo el profesor de latín, recibió el zarpazo de la garra sarmientana. Como regalista, buen partidario de Manuel Montt, tuvo más de un encuentro con la *Revista Católica*. Con la misma habilidad del historiador Guizot, portavoz doctrinario de Luis Felipe de Orleans, supo contraponer entre sí las diversas alas de la oposición: pipiolo contra utopistas, y estos últimos, contra el catolicismo intransigente. Tomó, por ejemplo, un tema en sí mismo baladí: un ataque de la *Revista Católica* a la obra de Aimé Martin *De la Educación de las Madres de Familia*.

Aprovechó la oportunidad para escribir: "Fresco está aún el suceso de la *Sociabilidad Chilena*. Un joven que creía pensar, pero que no tenía instrucción suficiente ni reflexión madura, publicó una mezcla indigesta de desatinos y de herejías. ¿Y qué hizo la *Revista*? Las combatió con la razón y la discusión, ni más ni menos que si se hubiese tratado de una cuestión de bancos" (88).

Diestro arquero, disparó sus flechas tanto contra Francisco Bilbao y su protector don Andrés Bello, como contra la actitud católica ideológicamente intolerante, a su parecer ineficaz.

No es casualidad que nueve años más tarde, en 1851, proclamara la candidatura presi-

(88) *El Progreso*, Santiago, diciembre de 1844; reproducido en *Polémica Literaria*, Ed. citada, pág. 170.

dencial de don Manuel Montt, con su famosa consigna: "¿A quién temen? A Montt. ¿Quién será Presidente? Montt". Tampoco es extraño que la mayoría de los exilados argentinos tuvieran la misma posición de su más notable exponente. En el norte, formaron una especie de "Legión Extranjera" para combatir la insurrección de La Serena. Eran unitarios y activos, de ninguna manera utopistas. Eso, era un recuerdo borroso de juventud. Nadie debe, pues, asombrarse que Francisco Bilbao fuera partidario del "federalismo" de Urquiza y de Rosas, el dictador argentino. Ya en 1842, había comenzado, aunque en simiente, la futura división entre el liberalismo y el movimiento social romántico. En las primeras décadas del siglo, habían sido aliados en una común lucha contra los restos del *Ancient Régime*, en Latinoamérica, "La Colonia". Pero, la propia evolución de la sociedad iba definiendo nuevas realidades, tanto en Europa como en América Hispana. Pasarían muchos años antes que la división absoluta entre el liberalismo y las corrientes socialistas fuera un hecho; pero, ya se estaban forjando los antecedentes del mundo del mañana. La íntima amistad intelectual y personal de Sarmiento y de Arcos sobre las graves diferencias políticas que los separaron en 1851, es casi el antecedente de la unidad de equipo que formarían en la Argentina el antiguo miembro de la Sociedad de la Igualdad Bartolomé Mitre con el antiguo monttino Domingo Faustino Sarmiento y el ex rosista Justo José Urquiza, amigo de Bilbao. El documento que selló el fin de las antiguas contradicciones tiene como fecha la tenida del 21 de julio de 1860 de la Logia Madre Unión del Plata Número 1 (89). Creo que muchos olvidos históricos que he sacado a luz tienen como origen la equivocada concepción que los hombres ilustres tuvieron siempre una sola actitud ideológica. Sin embargo, la evolución de los

maestros argentinos del movimiento del 1842 chileno no significó la claudicación, el fin, de la posición socialista romántica en su corriente revolucionaria independiente y expresión de los trabajadores. Otros hombres levantaron la bandera de combate.

LAS LUCHAS POLÍTICAS DEL ARTESANADO

Lozier, Rodríguez, Picarte, Eyzaguirre, Vicuña, Cuevas y Vèndel-Heyl, fueron hombres altruistas, dignos, apasionados. Sarmiento, López, Mitre, cuando jóvenes saintsimonianos. Sin embargo, de todos ellos, entusiastas transformadores de la sociedad, ninguno era trabajador manual, obrero o artesano. Deseaban que todos los "pobres" tuvieran la mayor felicidad. Por ese ideal, los primeros habrían arriesgado todo: hogar, fortuna, situación social. Todavía más aún: cuatro lo hicieron. Pero, siempre encontraron una solución honorable a sus problemas personales.

El destino de los trabajadores era distinto. Fuera de sus brazos y de sus herramientas nada tenían ni nada podían aspirar. No poseían ni relaciones influyentes ni tenían la suficiente preparación intelectual para salir de un apuro o de una desgracia imprevista. En consecuencia, debieron tener actitudes prácticas. Una pasiva, la solidaridad. Y otra viril, la acción política. Como efecto general, sus jefes, sus representantes, fueron de un valor espiritual inferior a los utopistas. Compensando su menor vuelo, con una firme adhesión a las inquietudes políticas del día. Los trabajadores por muy desinteresados que fueran, sólo podían abandonar sus labores cotidianas y sus momentos de reposo para ayudarse mutuamente o para intervenir en las actividades públicas de sus preferencias. Nunca pudieron responder con energía a los llamados de los socialistas románticos, pero utópicos. Los admiraban, sin acercarse demasiado. Son buenos "caballeros", pero...

Los dos más notorios dirigentes del artesanado, Victorino Laynez y Fermín Vivaceta, sólo buscaron rutas viables e inmediatas. En el hecho, respondían a las caracterís-

(89) Ver: *Diccionario Enciclopédico de la Masonería*, L. Drau y R. Arús, tomo I, artículo Mitre, págs. 719 y 720, Ed. Kier, Buenos Aires, 1947.

ticas específicas de su clase social. Parece que por esos días comenzó la práctica popular denominada "polla". Consiste en reunir cuotas semanales dentro de un grupo dado de operarios. Uno de ellos, recibe la suma reunida. A la semana siguiente, otro; y así, sucesivamente. En fin, a cada uno le toca su "semana".

Los primeros datos sobre sociedades mutualistas definidas, con organización permanente, son de la década del 1840. Sin considerar el caso de la Sociedad de Artesanos creada por Laynez en 1829 que fue de orden político más que todo, la primera información sobre una Sociedad de Ayuda Mutua de Trabajadores es de 1847. En esa fecha, Fermín Vivaceta facilitó en préstamo una suma de dinero a una "Asociación de Tipógrafos" (90). Según Dolléans, la primera "Asociación Tipográfica" de Francia, destinada a servir como "caja de socorros" en momentos difíciles se organizó en Nantes el 26 de mayo de 1833 (91). Sirvió de modelo e hizo escuela con rapidez en todo el país. La nuestra, al parecer, fue organizada en 1845. Sin embargo, no se debe confundirla con la actual "Unión de Tipógrafos", fundada en 1853 por Victorino Leynez.

Vivaceta y Laynez se entusiasmaron por medio de sus lecturas con las ideas organizativas francesas. En particular, con las exposiciones doctrinarias de Buchez, Blanc y Proudhon conocidas a través de traducciones españolas y chilenas (92). Aunque las metas de esos ideólogos, eran construir un tipo nuevo de colectividad humana, aconsejaban en el intertanto un "socialismo práctico", fundado en la solidaridad y en las

cuotas sociales. La panacea de Buchez —un socialista católico— era una red de cooperativas populares; la de Blanc —un socialista democrático—, los talleres nacionales; y la de Proudhon, el Banco Popular unido a un sistema federativo, descentralizado, de organismos productores.

Francia era en esos años —1830 al 1848— el modelo que todos deseaban imitar. Sin considerar sus industrias fabriles, metalúrgicas y textiles, tenía un gran artesanado. En especial, una vasta serie de imprentas. Con gran público lector y un mercado internacional, tenía el mayor número de talleres de impresión del mundo. Todo eso, unido al clima político efervescente, a su rica tradición revolucionaria, al romanticismo social —que es casi una creación gala— y a su creciente movimiento obrero, dió al país, una práctica y una doctrina mutualista.

Los mismos factores sociales —un gran artesanado, en especial los tipógrafos de Valparaíso y de Santiago— entregan la explicación chilena de las coincidencias organizativas e ideológicas entre el "socialismo práctico" francés y los líderes artesanos criollos, Vivaceta y Laynez. Unos y otros —franceses y chilenos— eran de extracción artesana. Vivaceta era carpintero y Laynez, tipógrafo. No es una mera casualidad que Proudhon, el máximo teórico popular de París, fuera tipógrafo; y que también lo fuera Laynez. El taller de imprenta reúne a los artesanos más cultivados y los pone diariamente en contacto con las tendencias sociales últimas. El primer orientador revolucionario específicamente trabajador sería otro tipógrafo: Santiago Ramos.

Hay la falsa idea que el mutualismo, la fase inicial organizativa de los trabajadores, se caracteriza por su apoliticismo y su no resistencia ante los patronos. Ni el mutualismo de los tipógrafos de Nantes en 1833 ni el chileno creado por Laynez y Vivaceta estuvieron separados de la acción pública y de la resistencia obrera. Laynez conoció la cárcel y el destierro. Vivaceta apoyó en todo momento los candidatos opositores más

(90) El *Libro de Actas* de la "Unión de Tipógrafos" del año de su fundación, 1853, contiene una cobranza de Vivaceta. Creía, que era la misma "Asociación de Tipógrafos".

(91) E. Dolléans, obra citada, pág. 78.

(92) En las décadas 1830 y 1840 se publicaron en España y en Chile obras de Proudhon, Blanc, etc. Como también de sus contradictores: Thiers, Courcelle-Seneuil, etc. Además en Francia, muchos editores publicaron sus obras en versión castellana. Poseo diversas ediciones al respecto.

radicales. En cuanto a Santiago Ramos, era un agitador agresivo.

El vértice que unió al romanticismo social y a los políticos innovadores con los artesanos y su mutualismo fue el entusiasmo, la esperanza, que promueven las elecciones. En 1843, se esperó todo de las votaciones. Como es corriente, los partidos opositores se apoyaron en el "pueblo". El puente que juntó a la masa con los políticos fue la juventud estudiantil. La inquietud de los muchachos, su idealismo bien entendido, es decir, su desinterés, los hizo los intérpretes burgueses de los problemas sociales (93). Se colocaron a la cabeza de las aspiraciones multitudinarias. Esta interrelación entre los jóvenes del 1842, sus afanes romántico sociales, y los trabajadores constituye un fragmento olvidado de la historia cultural de Chile.

Al año siguiente, 1844, los funerales del viejo patriota, santo laico, enciclopedista, federal, ateo y materialista, don José Miguel Infante, reunieron en un solo cuerpo la tradición revolucionaria burguesa, los estudiantes avanzados, el socialismo utópico, los pipiols y la masa popular. El "pueblo" acudió sombrero en mano, silencioso, reverente, a rendir el homenaje póstumo al héroe civil. Como sucede en general, no siempre, los portavoces del sentimiento popular fueron los alumnos del Instituto Nacional y de la nueva Universidad. Los internos, rompiendo la disciplina, saltaron las tapias del establecimiento para asistir a las honras fúnebres. El joven profesor Francisco Bilbao, emocionado hasta el llanto romántico, despidió los restos. Otro muchacho, el poeta Eusebio Lillo, inspirado en Espronceda y en Byron —banderas del romanticismo combatiente— tradujo su congoja en versos.

Así, fue creciendo la presión de las masas. Un tipógrafo, Santiago Ramos, publicó *El Duende*. Su título es casi el símbolo de una actitud. Los trabajadores actuaban por

presencia. Asustaban por su número. Excitaban el ambiente, entusiasmando los ánimos de los oradores y dando multitud a las protestas públicas. Como si fueran seres in-materiales, traspasaban sus sentimientos a los tribunos. Inspiraban las frases enérgicas y los principios audaces. Con sus palabras no dichas, sugerían ideas y actitudes. Solicitados y temidos, como espectros necesarios, para originar el pánico en el gobierno y que éste, efectuara elecciones libres.

El Duende es el primer órgano popular que conozco. Digo popular, en el sentido de expresión específica de la masa. Contradictorio, ácrata, peor redactado, es el primer paso del periodismo revolucionario obrero. Para halagar nuestra vanidad patriota, recordaré que el *Manifiesto Comunista*, escrito en 1848, comienza diciendo: "Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo". Karl Marx, se refería a las diferentes tendencias revolucionarias que emergían de la profundidad social de su tiempo (94). El espectro del comunismo, ya asustaba, tanto en Francia, como en Alemania, en Inglaterra y en América. "...ha engendrado a esos monstruos de la ignorancia moderna que se apellidan socialismo y comunismo..." (Lastarria) (95). Desde luego, la aparición de *El Duende* no es una mera casualidad, extraña al contexto total de la época y del medio santiaguino. En los mismos años, Francisco Bilbao tradujo *La Esclavitud Moderna* de Lamennais. Una obra sensacional en su tiempo. Los revolucionarios de la década del 1840, consideraban a su autor, la voz sagrada del "pueblo". Con todo su anacronismo estilístico y con toda su confusión teórica es un jalón en la historia social.

La actividad multitudinaria no se limitó

(94) La Revista *Babel* de Enrique Espinoza, González Vera y Manuel Rojas, publicó en 1948 la primera traducción chilena de *El Manifiesto Comunista*, obra de Mauricio Amster, acompañada de un grabado de Moreno. Fue el homenaje de los no totalitarios al espíritu esencialmente libertario de su autor.

(95) Lastarria fue el más tenaz antisocialista de los hombres de 1842. Ver: *Recuerdos Literarios*, Ed. citada. pág. 337.

(93) Idealismo, no en el sentido filosófico de posición opuesta al materialismo que parte de Heráclito y de Demócrito; sino, en el sentido de generosidad y de sacrificio.

a la asistencia silenciosa al entierro del prócer Infante y a expresarse en *El Duende*. La menor oportunidad sirvió para que la "plebe" mostrara su adhesión a los políticos innovadores. Cuando Francisco Bilbao, sintiéndose el representante chileno, por herencia, del romanticismo social —uno de sus abuelos, había ya, en 1780, conspirado por los ideales de los precursores del romanticismo social— publicó la *Sociabilidad Chilena*, Andrés Bello, uno de sus mentores, perspicáz y cauto, no le puso mayor objeción, pero, sin embargo, produjo escozor en el tradicionalismo reinante. En general, se ignoraba su contenido lamenesiano, apenas en el fondo de un valor de anatema. Su autor, fue llevado a la justicia. Los magistrados imbuidos en la mentalidad del Derecho Hispano, aún vigente, lo condenaron. Acusado de blasfemo y de inmoral se le ordenó pagar una multa. Su escrito, debía ser quemado por mano de verdugo. Prohibida su reproducción. A esa especie de auto de fe, se agregó su exoneración de profesor.

La reacción del pueblo fue también espectacular. Bilbao a la salida del Tribunal, fue llevado en andas. Coronado como un héroe griego. Entre vítores y gritos de protesta, llevando al perseguido como bandera en alto, desfiló el pueblo. En pocos minutos se cubrió la multa por suscripción pública y sobró dinero.

Al año siguiente, 1845, los restos del pipiolaje, un grupo exteriormente liberal, deseoso de recuperar el poder, usó la presión popular como arma persuasiva (96). El "pueblo" ya había demostrado su eficacia como herramienta política.

Un antiguo conspirador y gran polemista, Pedro Godoy, fue procesado por un artículo periodístico. El día de la audiencia, compareció rodeado por la muchedumbre. El tumulto

suspendió la acción judicial. Sólo veinticuatro horas más tarde pudo reabrirse el Estrado, protegido por el ejército y el tiempo invernal. Llovía intensamente y soldados con la bayoneta calada custodiaban la calle, la plaza y los recintos adyacentes. Nadie podía penetrar al Tribunal, sin el salvoconducto de una vestimenta elegante, siempre que cubriera a un individuo maduro y de aspecto distinguido, sin trazas de estudiante. Sin embargo, nadie se retiró de las calles. Ni un solo instante cesaron las protestas en voz alta. Las exclamaciones de ¡Libertad! acallaban el ruido del agua, del viento y el chapoteo de los cascos de la caballería.

Los jueces atemorizados por las manifestaciones y presionados por el recuerdo del proceso a Bilbao, se atuvieron al derecho republicano absolviendo a Pedro Godoy.

El tipógrafo Ramos se entusiasmó más. Los trabajadores dejaban de ser "duendes". Pasaban a ser El Pueblo. Y así denominó a su periódico. Lo orientó hacia una abierta actitud revolucionaria. Se colocó más allá de las viejas rivalidades entre pipiolos y pelucones. Sostuvo la táctica de clase contra clase. Enemigo implacable de los poderosos, "ya lo fueran por el ejercicio del mando", ya "lo fueran por la posesión de cuantiosos bienes". Arremetió contra todos. Llamó a las masas a luchar con absoluta independencia y a una permanente movilización callejera. Sin fe alguna en las elecciones, escribió: "No hay votaciones, porque si hay votaciones hay muerte... Levántese el pueblo y vamos a la Alameda. Reunido el pueblo y si algún cuerpo se opone, consúmalo, envenénelo. El Poder Ejecutivo es innecesario y debe suprimirse. Debería lanzarse a los presidentes, echarlos del país" (97). El tono ácrata, violento, antiestatal de su muy escaso vocabulario tiene dos fuentes. Una chilena y otra francesa. Era una reacción ingenua ante la experiencia electoral: robo de las urnas, y falsificación de las actas; promesas incumplidas de los candi-

(96) "Los pipiolos son los ricos que hace 20 años fueron desalojados del gobierno y que son liberales porque hace 20 años están sufriendo el gobierno sin haber gobernado ellos una sola hora" (carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao, 29 de agosto de 1852). Reproducida por G. Feliú Cruz en la *Revista Chilena*, de E. Matta Vial, tomo XII, pág. 267.

(97) *El Pueblo*, número 7, del 7 de marzo de 1845. Según Dolléans la prensa obrera nace en 1830, obra citada, pág. 55.

datos triunfantes y cambio de tienda política, cuando era necesario. En cambio, su llamado a la Alameda es tanto un reflejo de los leves triunfos obtenidos en la conquista de la calle, como una versión criolla del parisino "A la place de La Concorde". Además, es la continuación santiaguina de las ideas del tipógrafo anarquista Proudhon, como tal enemigo de los poderosos, de los gobiernos y de la propiedad. El proudhonismo con todos sus defectos de gran bulto —confusiones, equívocos, prejuicios, en suma, incultura— es el paso decisivo, casi necesario, para que la clase obrera obtenga su independencia ideológica y política (98). Sus obras principales —*¿Qué es la Propiedad?*, *La Filosofía de la Miseria*, *De la Capacidad Política de las Clases Obreras*— fueron la ruta pedregosa que debieron recorrer los trabajadores para alcanzar su toma de conciencia histórica y social (99). El papel histórico del proudhonismo se puede comparar con el sitio que ocupó la alquimia en la creación de la química. Sus errores y horrores teóricos sirvieron de comprobación por el absurdo. Es el pecado de infancia del movimiento obrero, en su período inmaduro de transición entre el oficio artesano, propio del taller medieval, y el trabajo industrial, característico de la época moderna. En el caso chileno, el entronque entre el artesanado, hijo del régimen colonial y la sociedad minera-mercantil-terratiente de la segunda mitad del siglo pasado. Pero su función de transición, de entronque, sus mismos defectos, sirvieron para construir a través de la crítica científica la teoría y la acción moderna de la sociedad (100).

La dirección independiente, vale decir, nueva, revolucionaria, que Ramos quiso im-

primirle al naciente movimiento popular, dio origen a muy diversas reacciones. Obtuvo la simpatía y la admiración fervorosa del "pueblo" y la adhesión entusiasta de hombres como el franciscano Manuel Antonio Mañán. Un discípulo díscolo del padre Antonio de Orihuela. Como éste último, lanzaba anatemas contra los ricos desde su púlpito. No era exactamente un seráfico.

La actitud de los políticos conocidos y de la "sociedad" de Santiago fue exactamente la contraria. La potencia de las manifestaciones populares conducidas por Ramos y Mañán unieron fraternalmente a los antiguos rivales, pipiols y pelucones. En conjunto, atacaron al audaz tipógrafo. Recibió los peores epítetos y las más arteras calumnias. Aún, Pedro Félix Vicuña creyó en ellas. Al grito de ¡Orden! organizaron una sociedad armada, sostenida financieramente por el Gremio Minero, la "Sociedad del Orden". Formando fila, agricultores y mineros, conservadores y liberales. Se vio a los Larraín junto a los Carrera, a los o'higinistas del brazo con los carrerinos, a los aliados de Freire reunidos con los antiguos portaleanos. Nadie se acordó de los fusilamientos de los hermanos Carrera y de los jefes militares pipiols, de los destierros en la isla Más Afuera y de otros acontecimientos tristes y lamentables que muy pocos días antes habían dividido a la "sociedad chilena". En el Parlamento, los agricultores dieron paso a una ley que favoreciendo a sus ex rivales, los mineros, podría afectarlos algo. La "Sociedad del Orden" la presidió el rico minero liberal Ramón Errázuriz. Era vicepresidente, un agricultor, Francisco Ignacio Ossa, y secretario el estudiante pipiolo Domingo Santa María. El discurso de apertura de la "Sociedad del Orden" lo pronunció el futuro presidente Santa María. Dijo que Ramos y sus mítines "eran un insulto al buen

(98) Ver: Armand Cuvillier, *Proudhon*, F. de C. E. Traduc. M. L. Diez-Canedo, Méjico, 1939.

(99) Ver: Proudhon, *Oeuvres Complètes*, Ed. Ch. Bouglé et H. Moysset, París, 1923-32.

(100) Marx y Engels tuvieron en su transcurrir ideológico un período de contacto con el proudhonismo. En la *Sagrada Familia*, 1845, polemizaron en defensa de Proudhon. Quizás escapó al proudhonismo Engels, por sus relaciones con la industria inglesa y los cartistas; pero, es imposible verificarlo con certeza. En cambio, Marx en 1847, habiendo aclarado sus conceptos teóricos, efectuó una

crítica decisiva, profunda, de *La Filosofía de la Miseria*, en su *Miseria de la Filosofía*. Los mismos yernos de Marx, Pablo Lafargue y Charles Longuet, fueron proudhonianos en su juventud.

sentido nacional" (101). Muchos años después le explicó a Vicuña Mackenna las razones que había tenido en aquella ocasión para aliarse con los conservadores. "Me parecía un ultraje a la sensatez y honradez chilena ver figurar como caudillo de partido, de ideas, de principios, al "Quebradino" Ramos, al fraile Mañán y otros" (102).

Los pipiolos más experimentados, de mayor edad, actuaron con mayor habilidad. Orientados por Pedro Félix Vicuña descubrieron los aspectos débiles y los límites del movimiento de Ramos. En consecuencia, procedieron de acuerdo a las reglas estratégicas y tácticas atribuidas a Niccolò Machiavelli (fue sólo su gran sistematizador; pues, tanto fueron usadas en la Florencia renacentista como en la Atenas de Pericles, en la Roma de Julio César, como siguen usándose hoy). Primero, acusaron a Santiago Ramos de "provocador", de "divisionista" y de "vendido". Lo primero, por incitar a la acción a la masa. Lo segundo, por buscar una línea independiente para el pueblo. Lo tercero, por despreciar las votaciones; pues, favorecerían al gobierno. En seguida, por medio de un estudiante popular y fogoso, Manuel Guerrero y Prado, fundaron la "Sociedad de Artesanos Caupolicán". En ella, reunieron a unos sesenta trabajadores; movidos por un programa que aspiraba a "sacar el sufragio popular de la afrentosa tutela que los encadenaba y envilecía". Sin embargo, ese escaso número de socios tenía importancia: la mayoría eran suboficiales de la Guardia Nacional. Los términos "afrentosa tutela" llevaban implícita la vieja técnica pipiolar, comprometer a los artesanos en golpes de Estado, cuando los resultados electorales no eran muy favorables.

La posición de Ramos facilitó sus tareas. Su esfuerzo por independizar al "pueblo" de los partidos existentes, lo había conducido a desconfiar de los aparatos partidarios

y no le había dado a las masas ninguna organización estable. Al fin, era proudhoniano. El mismo no sabía organizar su propio partido. Poco a poco, los ataques concentrados de todos los ángulos, lograron aislarlo. Pedro Félix Vicuña, supo aprovechar todo. El problema previo, arrebatarse a Ramos y su pequeño grupo de fieles la dirección de la multitud, estaba resuelto. Hizo fundar, entonces, la "Sociedad Democrática" para contrarrestar el peso político de la "Sociedad del Orden".

Santiago Ramos cumplió la misma misión en Chile que su colega y maestro Proudhon natural del Besançon. Vivieron el mismo ciclo histórico, el paso de la artesanía a la usina. Curso social-económico en el cual desaparece la importancia del oficio y es reemplazada por la técnica industrial. La proletarización de los artesanos significó para ellos, la pérdida de su independencia económica y de su relativa tranquilidad. Ramos a su manera de artesano chileno —un poco bárbara— se anticipó a ensayar entre sus colegas y demás artesanos de Santiago, el mismo papel que sesenta años más adelante protagonizaría con eficacia otro tipógrafo, Luis Emilio Recabarren. El primero, Ramos, defendió a los artesanos contra lo que él creía sus enemigos: el Estado, los poderosos. El segundo, Recabarren, dirigió a los proletarios contra el capital.

El éxito de la maniobra de los pipiolos vicuñistas —comprometer a los suboficiales de la Guardia Nacional y crear la "Sociedad Democrática"— produjo también efectos importantes. La cercanía de un período electoral preocupó al gobierno. Las fuerzas opositoras se habían tornado poderosas y a pesar de la "Sociedad del Orden" ponían en peligro la mayoría parlamentaria o, por lo menos, la tranquilidad constitucional y el continuismo. Manuel Montt, respaldado por la unidad existente entre el grueso de los liberales y el peluconismo, decidió actuar con energía. Dispuesto a imponerse en las urnas electorales decretó el Estado de Sitio.

Con el pretexto de los desórdenes provo-

(101) Ver: Encina-Castedo, *Historia de Chile*, tomo II, pág. 971, segunda edición, Zig-Zag, Santiago, 1956.

(102) Carta de D. Santa María a Benjamín Vicuña Mackenna del 24 de diciembre de 1864. Publicada por la *Revista Chilena* de Matta Vial, marzo de 1918.

cados por las manifestaciones callejeras y la violenta oposición de los pipiolo "rojos" ordenó detener a los artesanos "politiqueros" que fueran suboficiales de la Guardia Nacional; aprisionó al "tribuno" Martín Orjera y se dictó un decreto desterrando al padre Manuel Antonio Mañán. El franciscano audaz y vigoroso, cuando supo que iban a prenderlo, echó las campanas de su templo al vuelo. Con ello, pretendió citar al pueblo en su defensa. Sólo por la fuerza lograron reducirlo.

También pretendieron expulsar del país al pensador peruano Pascual Cuevas. Avisado a tiempo, logró esconderse. En su refugio, fue visitado por Francisco Bilbao. Es entonces, cuando le facilitó *El Libro del Pueblo* de Lamennais. Nuestro romanticismo en ese encuentro escondido tiene su miniatura. El exilado perseguido ligó a su joven discípulo con el pensador francés para siempre. En sus recuerdos, el igualitario le rindió el homenaje histórico a aquel momento sublime de amistad literaria, comunidad de afectos y de destinos.

El movimiento de 1842, ya en acción pública, tuvo todas las facetas del romanticismo social y francés. Fue a la vez: liberal, saintsimoniano, positivista, socialista, cristiano y utópico. Tuvo a Lástarria, a Vendel-Heyl, a Bilbao y tantos otros. Pero, además, una naturaleza humana, el demos, en el movimiento.

Quizás el contraste, la fase no romántica, de la misma época, tiene su imagen en Valparaíso. La situación política allí, fue diferente. Plaza comercial, semibritánica, semichilena; en parte, ligada al financiamiento de la minería y en parte, puerto importador,

era la exacta base material de los gobiernos creados por los portaleanos y monttinos. Luego, no fue necesario decretar su Estado de Sitio. No hubo prisiones arbitrarias, destierros ni censura de prensa. Pero, al año siguiente, el día de las votaciones, la actitud gubernativa modificó su criterio. El comercio era gobiernista; pero, en cambio, los artesanos y los obreros del puerto eran opositores. Y, estos últimos, constituían la mayoría. El resultado electoral fue, entonces, desfavorable al régimen. El Intendente, no podía aceptar esa derrota. Ordenó falsificar las actas electorales. Algunas protestas y diversas piedras, le dieron la oportunidad para imponer la disciplina santiaguina. Por orden de la autoridad, los soldados rodearon a los descontentos. Por medio de la caballería, se les empujó hacia la quebrada de Jaime. Allí, se hizo uso de las armas y un número considerable de trabajadores fue fusilado (103).

La masa artesana y los trabajadores del puerto, conducidos por los miembros de la "Sociedad Democrática", no eran una fuerza capaz de enfrentarse con el gobierno. Montt era el Poder Ejecutivo de una clase social en ascenso: de la burguesía chilena que había hecho la Independencia, había creado la República, había construido un sistema jurídico, civil y centralizado. Aún no estaban dadas las condiciones para que un nuevo estilo de sociedad representara el porvenir. Sin embargo, pocos años más tarde, en 1851, el "pueblo" de Chile, repetiría la tentativa democrático-social europea de 1848.

(103) Ver: Isidoro Errázuriz, *Historia de la Administración Errázuriz*, B. de Es. de Ch., Santiago, 1935, pág. 262.